

ELSILIBROS
BRUGUERA

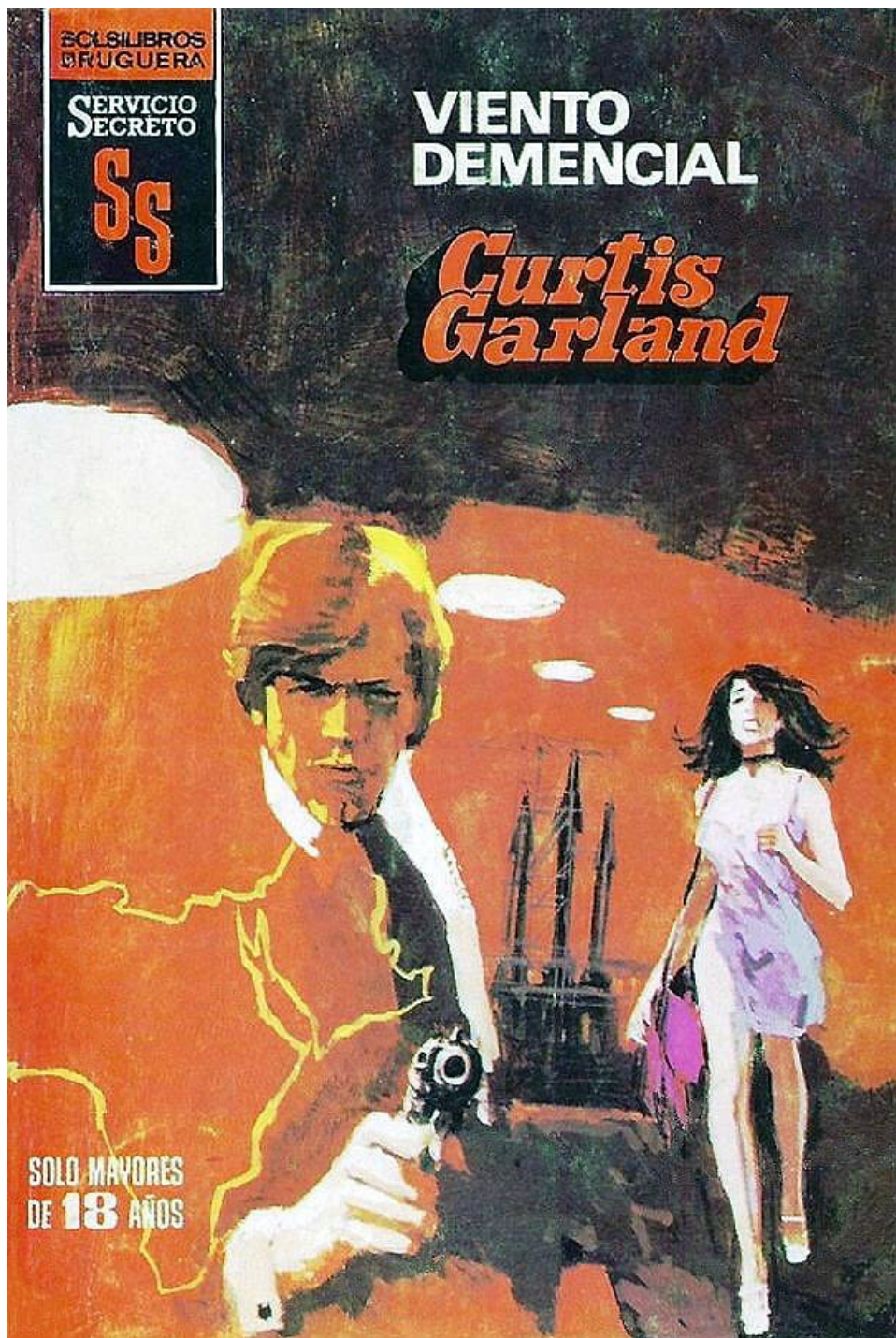
SERVICIO
SECRETO

Ss

VIENTO DEMENCIAL

*Curtis
Garland*

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



Abdullah Hakim nunca había sido un fanático.

Era un hombre, por el contrario, totalmente equilibrado, sensato y nada extremista. Ciertamente que trabajaba en pro del reconocimiento palestino por el Gobierno de Israel, porque ésta era no solamente su obligación como político árabe, sino también su propia y personal convicción como miembro de una raza que él consideraba sojuzgada y oprimida.

Pero sus medios combativos jamás habían pasado de demandas ante las Naciones Unidas, requerimientos legales y procedimientos jurídicos ante

Tel-Aviv,

buscando una entente cordial en los territorios ocupados y una posible paz futura en la zona más conflictiva del mundo.



Curtis Garland

Viento demencial

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1621

ePub r1.0

Lds 06.12.17

Título original: *Viento demencial*

Curtis Garland, 1981

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1621. Bruguera – 1981

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 22. Ediciones B – 1991

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

VIOLENCIA INSENSATA

Abdullah Hakim nunca había sido un fanático.

Era un hombre, por el contrario, totalmente equilibrado, sensato y nada extremista. Ciertamente que trabajaba en pro del reconocimiento palestino por el Gobierno de Israel, porque ésta era no solamente su obligación como político árabe, sino también su propia y personal convicción como miembro de una raza que él consideraba sojuzgada y oprimida.

Pero sus medios combativos jamás habían pasado de demandas ante las Naciones Unidas, requerimientos legales y procedimientos jurídicos ante

Tel-Aviv,

buscando una entente cordial en los territorios ocupados y una posible paz futura en la zona más conflictiva del mundo.

Su equilibrio y prudencia habían llegado a hacerle lamentar o criticar ciertas actividades de comandos terroristas palestinos en Jerusalén o en el Líbano, atrayendo sobre sí, incluso, la ira momentánea de algunos responsables del FLP. Del mismo modo, su acritud al censurar o reprochar las duras represalias israelíes en la zona conflictiva, nunca pasó de los términos correctos, aunque duros, que un diplomático y un político inteligente y equilibrado podría utilizar en tales casos.

Todo ello fue muy recordado cuando, súbitamente, Abdullah Hakim cometió el primero y único error de su vida.

Ese error fue el de matar a otros seres humanos, en un inexplicable arranque de virulencia y agresividad que nadie podía

esperar de un hombre de su condición.

Cuando se intentó evitar que cumpliera su objetivo, era ya tarde. El factor sorpresa había jugado lamentablemente a favor del agresor. Abdullah Hakim mató con su acción a quince personas inocentes.

A su vez, las armas automáticas israelíes, barrieron al imprevisible atacante, causándole la muerte inmediata.

Y el mundo se conmocionó con la noticia.

* * *

«ABDULLAH HAKIM, EL HOMBRE QUE BUSCABA LA PAZ ENTRE ARABES E ISRAELIES, MUERE BAJO LAS BALAS DE SOLDADOS DE ISRAEL, TRAS ASESINAR A QUINCE PERSONAS DE LA POBLACION CIVIL JUDIA EN UN ACTO DE TERRORISMO».

La noticia no podía pasar desapercibida para nadie. Era una información delirante que, en principio, todos esperaron que fuese desmentida, atribuyéndola a un error absurdo de las agencias de noticias o de los servicios informativos.

Solamente una hora después de salir esos hechos en los teletipos de todo el planeta, éstos confirmaron escuetamente:

«MUERTE DE ABDULLAH HAKIM EN JERUSALEN. CONFIRMADA. MUERTE DE QUINCE ISRAELITAS. A CAUSA DE UN EXPLOSIVO ARROJADO POR EL LIDER ARABE, TAMBIEN CONFIRMADA. SE ESPERA UN COMUNICADO UR GENTE DEL GOBIERNO DE TEL-AVIV, REUNIDO EN SESION DE EMERGENCIA. EL *FLP* RECHAZA LA VERSION ISRAELITA COMO FIDEDIGNA, PERO ESTA PARECE TOTALMENTE CONFIRMADA EN TODOS SUS PUNTOS. SEGUN PRESENCIALES DE NACIONALIDAD NEUTRAL».

La conmoción se incrementó así. Posteriormente, el propio FLP se negaba a conceder declaraciones a la cadena de televisión BBC de Londres y a un corresponsal de la NBC norteamericana. Los hechos, incluso para los palestinos, parecían desgraciadamente estar comprobados hasta la saciedad: Abdullah Hakim, un líder de la lucha por la paz entre árabes y judíos, se había convertido en un terrorista inmolado por Israel. La situación se convertía en un foco de alta tensión para todo el mundo.

Y lo peor es que nada de aquello parecía tener el menor sentido.

* * *

—Atención, atención. Está volando demasiado bajo, coronel Shark. Su avión ha perdido altura en exceso. ¿Alguna dificultad a bordo, señor?

—Ninguna —fue la respuesta recibida en la torre de control del aeropuerto—. Absolutamente ninguna.

—En ese caso, coronel, rectifique altura. Puede existir un riesgo serio si sigue volando así. Esperamos confirme nueva altura del aparato.

No hubo respuesta. Los expertos de controles de vuelo miraron con sorpresa los indicadores del radar. Uno de ellos se volvió al jefe de servicios de la torre.

—No es posible, señor White... El coronel Shark ha perdido aún más altura. Y sigue bajando...

El jefe de controladores frunció el ceño. Evidentemente perplejo, tomó sus potentes prismáticos y los enfocó hacia la distancia, al Este. La motita que era en el azul del cielo matinal el reactor de pruebas del coronel Harry Shark, de las Fuerzas Aéreas Estratégicas de los Estados Unidos, cobró forma y volumen. Era cierto. No había fallos en las pantallas de radar, cosa por otro lado harto improbable. El avión seguía perdiendo altura sobre los campos circundantes. Algunas torres de alta tensión y sus cables extendidos sobre la campiña, se hallaban ya excesivamente cerca del aparato. Peligrosamente cerca, a juicio del controlador.

Tomó con premura el micrófono y elevó la voz, casi irritado:

—¡Atención, Pájaro Azul! —habló, utilizando la clave convenida para el vuelo—. ¡Atención, Pájaro Azul! ¡Aquí torre de control del

aeropuerto militar! ¡Eleve inmediatamente su aparato! ¡Es una orden! ¡Tome altura *de inmediato*, o puede ocurrir una catástrofe! ¿Pero es que no se da cuenta del riesgo que está corriendo, coronel Shark?

—No es usted quién para darme órdenes, White —fue la fría réplica de una voz en los auriculares—. Soy el coronel Harry Shark, del Comando Aéreo Estratégico, y usted es solamente un civil en servicio.

—¡Coronel Shark, está obligado a seguir las instrucciones de la torre, o tendré que dar inmediata cuenta a sus jefes de lo que está sucediendo, y de que se niega a cumplir las mínimas medidas de seguridad a bordo de su aparato, con riesgo para usted mismo, su copiloto, el capitán Brandon y todos nosotros!

—Váyase al diablo —rió una agria voz al auricular. Una voz que no era la del coronel—. ¡Aquí no sucede nada anormal, hatajo de imbéciles! Simplemente, nos estamos divirtiendo. Esto es muy emocionante... ¡mucho, amigos!

Una carcajada estruendosa, coreada por otra, retumbaron en las ondas de radio, para estupor de los controladores de vuelo de la base militar. Se miraron todos entre sí, atónitos. Uno de ellos señaló la pantalla de radar.

—¡Mire, señor White! —exclamó, palideciendo—. ¡Ha bajado más, está volando raso... y viene hacia aquí a gran velocidad!

El controlador no pudo dar crédito a sus ojos. La señal de radar indicaba un vuelo rasante, totalmente prohibido en aquella zona a causa de las instalaciones circundantes del aeropuerto, y porque la velocidad que ahora adoptaba el avión del coronel Shark era realmente anormal, y le conducía como una centella hacia la torre de control.

Los controladores miraron hacia las grandes vidrieras de la torre, desentendiéndose de la simple señal verde en la pantalla fluorescente. Era real. El avión, con sus reactores virtualmente a tope, se precipitaba como un obús hacia ellos.

—¡Pronto, abandonen la torre! —rugió White, lívido, precipitándose hacia el teléfono y pulsando un botón rojo, mientras marcaba nerviosamente una cifra. Esperó, con los nervios en tensión, mientras risas demenciales le llegaban por los auriculares, sus compañeros evacuaban precipitadamente la torre, y aquella

centella metálica, de plateados reflejos bajo el sol matinal, se lanzaba como un auténtico proyectil mortífero en dirección al edificio.

—Locos... Esa gente tienen que estar locos de remate... —jadeó, apretando con fuerza el teléfono mientras sonaba la señal al otro extremo del hilo—. No entiendo lo que sucede a bordo...

—Seguridad militar —sonó una Iría voz por el teléfono—. Aquí el mayor Sanders. ¿Quién llama por la línea de emergencia?

—White, controlador de vuelos de la torre del aeropuerto, señor —dijo nerviosamente el aludido, mirando cómo hipnotizado hacia el avión que ya casi cubría toda la visión desde la cabina—. El avión del coronel Shark... se viene hacia nosotros. Va a estrellarse en la torre... Parecen haberse vuelto locos los dos, señor... El coronel y el capitán Brandon... Oigo sus risas, no quieren escucharme, van en vuelo rasante y... ¡Dios mío, no...!

Al otro lado del hilo, el Mayor Sanders, de Seguridad Militar, se quedó petrificado. El alarido final de White terminó con la comunicación. Luego, un formidable estruendo, un estrépito terrible de vidrios rotos, de hierros retorcidos... y una pavorosa explosión, ensordecieron al militar. Después, el teléfono se quedó totalmente silencioso.

El mayor dirigió su mirada hacia el ventanal situado a sus espaldas, haciendo girar el asiento sobre su eje por completo. Lívido, atinó a lanzar una sorda exclamación de horror.

—Cielos, no es posible... —masculló, contemplando las llamas y el humo que, allá en la distancia, envolvían la torre de control del cercano aeropuerto, elevándose en el cielo como un negro hongo producto de una minúscula explosión nuclear—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Rápido, se precipitó hacia otro teléfono y marcó un número con premura. Su voz de alerta se extendió por diversos departamentos del edificio destinado a los mandos, y diversos vehículos militares partieron velozmente hacia el lugar del desastre, mientras la alerta aérea también sonaba en toda la zona, conmocionando a los servicios de emergencia y de máxima seguridad.

Tras la formidable explosión que aplastó al avión de pruebas del coronel Shark contra la torre de control, nadie advirtió un leve vientecillo, una ráfaga de seco aire caliente, que pareció remover

las llamas y enroscar las nubes de negro humo en torno al lugar de la catástrofe absurda e inexplicable...

CAPÍTULO II

MUERTE EN LA NIEVE

Anushka Dovrin, de los Servicios de Inteligencia del Gobierno soviético, miró con cierta extrañeza hacia la calle.

La nieve seguía cayendo con lentitud, blanqueando el asfalto de Moscú casi con un ritmo acariciante.

El frío era intenso, pero no corría ni la más leve brisa que hiciera cambiar la pausada caída de los espesos copos sobre el suelo ya esponjoso y deslumbrante de blancura.

Había sido sólo un momento, pensó. Como si un sutil soplo de aire hubiera cruzado un instante la calle, lanzando contra la vidriera del establecimiento unos escasos copos de nieve.

Luego, todo se volvió a quedar en calma.

Un hombre enfundado en gabán, bufanda y gorro de piel de astrakán entró en el establecimiento, cerrando tras de sí la puerta vidriera.

Eso había sido lo que extrañó a Anushka Dovrin. El leve aire que entró con el recién llegado era cálido, no glacial. Como si en vez de estar nevando, la tarde moscovita hubiera sido apacible y calurosa.

Pero como aquello no tenía el menor sentido, la agente rusa se dijo que probablemente todo era imaginación suya, o que el vodka había empezado a hacer su efecto confortante en el estómago.

Consultó su reloj, pensativa.

Se estaba haciendo tarde.

La cita había sido para las cinco y media.

Eran casi las seis.

Ella sabía que la persona a quien estaba aguardando

acostumbraba a ser puntual.

Volvió a recordar mentalmente el extraño mensaje que recibiera aquella misma mañana en su despacho de la KGB.

Era breve y sencillo.

Lo bastante para hacerla comprender que no se trataba de ninguna trampa o juego sucio por parte del americano. Frankie Stowell sabía que no podía ganar nada con eso.

Después de todo, la KGB sabía que Frankie Stowell no era un vulgar funcionario diplomático norteamericano acreditado en Moscú, sino un hombre de la CIA.

Y él estaba enterado, a su vez, de que ellos lo sabían.

Todo eso formaba parte del juego de ambos lados. Para el Kremlin era más fácil tener localizado al espía americano de turno, y vigilar sus movimientos, que correr el riesgo de que la expulsión del mismo trajera a otro más difícil de identificar y localizar.

Por su parte, los americanos, conocedores de la vigilancia a que eran sometidas las actividades de su hombre en Moscú, jugaban sus propias bazas, intentando desorientar y engañar a sus adversarios políticos.

Anushka sonrió, pensando en todo eso.

Eran las complejidades del espionaje que no acababan de gustarle.

Cuando se preparó para agente de su Gobierno, imaginaba cosas más emocionantes y menos sucias y enrevesadas que todo eso.

Pero no podía hacer otra cosa que seguir el juego, puesto que ella sólo era un insignificante peón en la partida.

Volvió a recordar el mensaje recibido.

Tras descifrar el código, éste había aparecido diáfano y claro:

«Espéreme en el viejo café de la calle Gorki, frente al Hotel Minsk. Es de suma importancia para ambos. Y para nuestros respectivos países. Mantenga reserva momentánea sobre todo ello. A las cinco y media en punto, hoy. Stowell».

Su reserva, por supuesto, era siempre relativa.

Los agentes de la KGB nunca actuaban de forma independiente o

personal. No era su modo de trabajar ni sus normas. Informó brevemente a su superior inmediato, que aceptó la entrevista, adoptando las medidas oportunas. No se fiaban gran cosa de los americanos, como los propios americanos tampoco se confiaban en exceso en sus colegas rusos.

Pero la cita del viejo café de la calle Gorki se mantuvo. A la hora señalada. Sin embargo, Frankie Stowell aún no había aparecido.

Algún que otro transeúnte y un par de clientes del café, eran agentes de la KGB. Posiblemente algún otro fuese miembro de la CIA, pensó Anushka sin fiarse demasiado de nadie, fuese ruso o turista extranjero. Su oficio la había enseñado a desconfiar de todo el mundo. Estaba segura de que Stowell tampoco trabajaría por su cuenta estableciendo un contacto con un antagonista en el propio Moscú.

De pronto el hilo de los pensamientos de la agente soviética sufrió una brusca alteración. Se incorporó, alarmada. Fuera, en la calle, habían sonado disparos. Una brusca ráfaga de metralleta.

Los clientes del café levantaron la cabeza, entre sorprendidos e indiferentes.

En Moscú, no era frecuente oír tabletear armas de fuego. La violencia estaba desterrada en los regímenes totalitarios por una razón elemental: nadie tenía suficiente valor ni medios para provocarla públicamente, enfrentándose al poder. Sin embargo, el tiroteo había sido muy cercano. La gente sabía que, en casos así, era mejor no inmiscuirse demasiado en problemas ajenos a su persona. Anushka, sin embargo, comprobó que su arma estaba entre sus ropas, y salió rápidamente del café.

En la propia calle Gorki, entre el Hotel Minsk y Sad Spasskaya UI, se había formado un corro de curiosos, que varios soldados de uniforme dispersaban sin muchas contemplaciones, mientras un cuerpo humano yacía sobre la nieve, extendiéndose en el blanco elemento una amplia mancha roja.

Al caído se le había desprendido el gorro de pieles que llevaba, y un mechón de cabellos rubios se agitaba con la repentina brisa que removía los copos de nieve en pequeños torbellinos.

Anushka caminó rápidamente hacia los soldados. La metralleta de uno de ellos todavía humeaba ligeramente. Un oficial uniformado se aproximó a ella, con gesto brusco, empezando a

conminarla para que se alejara del lugar. La agente de la KGB mostró con rapidez una credencial. La severidad del militar se hizo respetuosa obediencia, y se cuadró, saludando con rigidez, antes de dejarla el paso. Dio una voz a sus hombres, indicándoles que la recién llegada tenía autoridad para estar allí. Los soldados también saludaron, disciplinados, permitiendo que Anushka se inclinara sobre el caído.

Pronto descubrió que agonizaba. Las balas habían acribillado su pecho y abdomen de modo inexorable.

—¿Qué significa esto, oficial? —preguntó ella con severidad, alzando sus ojos hacia el militar—. Este hombre es extranjero. Un diplomático norteamericano...

—Lo siento, *tovarich* —se excusó el oficial—. Se comportó como un loco. Saltó sobre la patrulla, intentando desarmarla. Casi arrebató un fusil a uno de mis hombres. En sus ojos brillaba una furia homicida que no presagiaba nada bueno. Aun así, le dimos el alto dos veces, al observar que era extranjero. Yo lo hice en inglés, palabra.

—No importa. Ese hombre sabe ruso. —Anushka, ceñuda, señaló al herido, que se desangraba rápidamente—. Pero no tiene sentido que actuara así...

—Existen testigos, *tovarich* —insistió el oficial señalando a las puertas del Hotel Minsk—. Y no sólo mis hombres...

Anushka miró a las personas reunidas en la puerta del hotel. Casi todos ellos turistas. Un guía de Intourist^[1] permanecía junto a ellos. Miraban fijamente al escenario del suceso. Rápida, Anushka se acercó a ellos. Cambió varias frases en ruso con el guía y en inglés y francés con algunos de los turistas. Le bastó.

Regresó adonde yacía el americano, debatiéndose en la agonía, cuando una ambulancia penetraba ya por Karl Marx Prospekt, haciendo sonar su sirena.

—Es cierto —admitió, dirigiéndose al oficial—. Ocurrieron las cosas tal como usted relató, oficial. Será preciso tomar declaración a esas personas en forma oficial, para que la representación diplomática americana no sospeche nada anormal en esto.

El oficial asintió, respetuoso. Anushka puso una rodilla en la nieve. Notó, sorprendida, que el aire era extrañamente caliente para el frío que provocaba la nevada. Fue algo fugaz, una leve ráfaga que

removió los copos nevados y agitó las ropas del moribundo. La cálida sensación se alejó, y Anushka Dovrin notó de nuevo el frío en su cuerpo.

—Pero ¿por qué hizo esto, Stowell? —preguntó amargamente, mirando el lívido rostro del herido—. ¿Qué pretende con un incidente así? ¿Cuál era su juego?

Los ojos turbios, vidriosos ya, del hombre que agonizaba a sus pies, se clavaron en ella. La mano enguantada del americano se alzó, aferrándola un brazo. Anushka le miró fijamente. Los labios del herido se movieron, casi desesperados:

—Anushka... —jadeó—. No puedo... comprender... No sé... lo que hice...

Le asomó sangre en los labios. Ella asintió, con expresión grave, preocupada.

—Le entiendo, Stowell —dijo con suavidad—. Prosiga, por favor. ¿Por qué me citó aquí? ¿Qué es lo que le ocurre?

El agente norteamericano no parecía capaz ya de darle tantas respuestas, ni ella las esperaba. Pero hubiera deseado saber por qué aquel hombre actuó de modo tan insensato y suicida, agrediendo a una patrulla militar soviética. Era algo que no tenía el menor sentido para ella. Ni aparentemente para él, que era lo más extraño.

—Anushka, tiene que saberlo... Está ocurriendo, lo sé...

—¿Qué está ocurriendo?

—Ese maldito invento... La fórmula...

—¿Qué fórmula, Stowell?

—La fórmula... Wartz...

—¿«Fórmula Wartz»? —repitió ella—. ¿Qué es eso?

—Creo... que también he sido víctima de... del viento...

—¿El viento? —También repitió la palabra, perpleja, dudando del equilibrio mental del herido en aquellos momentos—. Por favor, Stowell, no entiendo nada de lo que dice...

La vida del americano se agotaba. Los camilleros se aproximaban a él para recogerle y conducirlo a algún otro centro hospitalario de Moscú. Anushka meneó la cabeza negativamente, dándoles a entender que todo sería inútil. Aun así, fue cargado cuidadosamente en la camilla y conducido al vehículo sanitario. Ella caminó a su lado cuando lo ascendían al interior del coche.

—Por lo que más quiera, Stowell, deseo ayudarle, pero no

entiendo nada de lo que dice. ¿Quiere aclararme por qué me citó aquí, aunque no pueda explicarme por qué se suicidó de modo tan estúpido?

—Tuvo que ser la fórmula... —jadeó el moribundo, agitando una mano crispada bajo la manta que le cubría ahora—. La fórmula, Anushka... nos amenaza a todos... El meteoro...

—¿El *qué*? —insistió ella.

—Ahí... en el cielo... —susurró Stowell, mirando a las nubes grises que formaban bóveda sobre el Moscú nevado—. Está *ahí*, lo sé... El... el vien... to... Gunther... Kohl...

Vomitó sangre. Se quedó rígido, con ojos dilatados, la expresión de agonía petrificada en su rostro. Los camilleros se miraron, depositando la camilla en el interior.

—Es inútil —dijo uno de ellos—. Está muerto.

—Le llevaremos, de todos modos —comentó el otro—. Es nuestra obligación, ¿no?

Anushka, en silencio, bajó de la ambulancia, que se alejó por las nevadas calles de Moscú. Caminó por la nieve, deteniéndose, sombría, ante la amplia mancha roja de la sangre de su colega americano. Los soldados hablaban ya con el guía de Intourist para solicitar las declaraciones oficiales de los turistas, testigos del hecho.

—Viento... meteoro... fórmula Wartz... Gunther Kohl... —repitió ella, en un monólogo—. No entiendo nada. Tal vez desvariaba... Pero ¿qué pudo sucederle para que obrara así y se dejase matar?

La nieve seguía cayendo, inexorable. Se abrigó instintivamente, con un leve estremecimiento, no sabía si de frío o por la impresión que le causara la muerte de Frankie Stowell, el agente secreto norteamericano. Estaba segura de que él había pretendido colaborar con ella en algo. Y su insensata actitud lo había estropeado todo, conduciéndole a una muerte previsible.

Suspiró, meneando la cabeza de un lado a otro. No entendía absolutamente nada de todo aquello. Se encaminó a buen paso al Hotel Minsk, desde donde telefonaría a las dependencias del Centro, al Cuartel General de la KGB, en la plaza Dzerzhinsky. Tenía que informar de lo sucedido.

Después de eso, también llamaría a la. Embajada de los Estados

Unidos en Moscú, para notificarles la forma en que fue muerto su funcionario Frankie Stowell.

No quería malos entendidos ni protestas diplomáticas desde el principio.

Mecánicamente, miró al cielo encapotado, cuando notó una nueva ráfaga de aire cálido removiendo la nieve a sus pies y desplazando los copos gruesos y blancos contra su rostro.

También en esta ocasión esa especie de brisa caliente se esfumó en segundos, haciéndola arrugar el ceño. Luego miró a las nubes espesas y oscuras que ensombrecían la tarde moscovita, ya rozando el anochecer.

Se estremeció de nuevo. Y no de frío.

Creía haber visto algo. Un destello anaranjado, difuminándose hasta desaparecer, entre los densos nubarrones. Miró de forma mecánica la hora: las siete y veinte minutos exactamente.

Tendría que hacer otra llamada. En esta ocasión a los centros de control aéreo de la Unión Soviética, para saber si alguna desconocida nave espacial había surcado el cielo de Moscú a esa hora exactamente.

Pero el espacio aéreo estaba nuevamente normal, con el gris plomizo de las nubes y el oscuro creciente del anochecer. No vislumbró más el destello anaranjado que captara durante un breve instante.

* * *

Gunther Kohl descendió vertiginosamente la rampa nevada.

Los esquíes parecían centellas, hendiendo el blanco y espeso elemento, en dirección al bosque de abetos de la base del repecho. Crujía la nieve bajo su deslizamiento, y el aire golpeaba con fuerza en el rostro curtido que cubría el gorro de lana y las gafas especiales para la práctica del esquí.

Cuando el alto, rubio y atlético alemán llegó a los abetos, se deslizó suavemente, frenando su carrera sobre la nivea alfombra. Miró atrás, sonriendo, cuando advirtió que la figura del segundo esquiador aparecía en lo alto del repecho, iniciando el descenso a toda velocidad, virtualmente sobre sus huellas.

Agitó un brazo, soltando el bastón de esquiar y alzó un

momento sus gafas para hacer un guiño a su perseguidor.

—Gané la carrera —dijo, riendo—. Ya le advertí que no debía apostar conmigo.

Lentamente, el segundo esquiador se detuvo cerca de él, reduciendo la velocidad de su deslizamiento.

Levantó también las gafas de vidrio espejeante e irrompible.

Una expresión de desencanto asomó en el bonito rostro juvenil femenino, atezado por la acción del viento y la nieve.

—No sé cómo pudo hacerlo —se quejó—. Hace dos años fui tercera en la Olimpiada Blanca...

—Habrá perdido velocidad —sonrió el joven alemán, irónico.

—Nada de eso —se enfurruñó ella—. ¿Seguro que usted no es campeón olímpico?

—Seguro que no —rechazó Gunther Kohl con firmeza—. Me hubiera enterado de ello, ¿no cree?

—Oh, se está burlando de mí —se quejó la joven derrotada, apoyándose cansada en un abeto, con la respiración agitada todavía por el esfuerzo.

—Nada de eso —aseguró muy serio el alemán—. Le diré la verdad, señorita Ingram. He vivido largos años en Suiza, en los Alpes. Me dediqué allí al socorrismo y cosas por el estilo, por simple afición a la nieve. Se aprende mucho más en esas condiciones que esquiando por placer o por deporte.

En muchas ocasiones, la vida de un montañero o la salvación de unos miembros heridos o congelados, depende de la velocidad con que los socorristas de la nieve actuemos y conduzcamos a la víctima o intentemos rescatarla.

—Estoy segura de que, en tal caso, nadie se le debió morir en su tarea, ¿verdad?

—No, no fue así por desgracia —el rubio esquiador inclinó la cabeza, repentinamente ensombrecido—. Perdí una vida en una ocasión. Creo que jamás esqué tan deprisa ni tan suicidamente.

»Me lancé a tumba abierta desde el Mont Blanc hasta un refugio convertido en centro médico por un alud catastrófico. Llevaba conmigo a dos personas heridas y medio congeladas. Una sobrevivió, tras amputarle un brazo y una pierna. La otra no tuvo tanta suerte.

»Pese a que le amputaron las dos piernas congeladas, falleció

apretándome la mano y dándome las gracias... No sé de qué, porque ni siquiera pude salvarle...

Hubo un breve silencio.

La joven esquiadora le contempló fijamente. Se aproximó a él y puso su mano enguantada en el brazo del joven, apretando el anorak de nylon y plumas.

—No creo que deba reprocharse nada a sí mismo —señaló—. Usted hizo cuanto pudo. La montaña es dura y cruel. Sin su ayuda, la muerte de ese infortunado hubiera sido mucho peor, solo y abandonado en la nieve, congelándose paulatinamente...

—Tal vez —suspiró Gunther—. Pero siempre he recordado ese momento. Me pregunto por qué cuando uno lucha tanto por salvar a alguien, la fatalidad se empeña en lo contrario y convierte en inútil el mayor esfuerzo humano.

—Usted lo ha dicho: la fatalidad. Ahora, no nos pongamos tristes —sonrió ampliamente la joven—. Soy yo quien ha perdido la apuesta, recuerde. Y empieza a hacer demasiado frío en estas alturas. ¿Qué tal si bajamos ya a Cortina?

—Buena idea —aprobó el alemán, despejando de su mente los sombríos recuerdos—. Creo que esta noche va a haber un buen temporal de nieve en esta zona. No sería prudente demorar más el regreso al albergue...

Juntos, a velocidad moderada, iniciaron el descenso de la gran rampa situada en lo alto del repecho blanco.

El crujir de la nieve ahogó casi la detonación de un arma de fuego.

Gunther Kohl, sorprendido, oyó un grito ronco a su lado. Giró la cabeza, viendo oscilar a la joven compañera en pleno descenso de la rampa.

Su extrañeza subió de grado cuando los esquíes de ella trazaron una especie de ocho en la nieve, trabó sus piernas, y perdió el equilibrio.

Comenzó a rodar ladera» abajo, dando volteretas, y perdiendo un esquí y sus bastones.

Eso no era todo.

Los ojos asombrados del alemán, descubrieron en el hombro izquierdo de la joven la creciente mancha roja de la sangre, extendiéndose por su anorak azul claro.

En ese anorak, a la altura del hombro ensangrentado, la perspicaz mirada azul de los ojos de Gunther Kohl, descubrieron con asombro y horror el boquete producido por un proyectil, desgarrando la prenda.

Giró un instante la cabeza hacia el bosque situado en lo más alto del repecho.

Creyó captar un leve destello de metal herido por el blanco del sol, y una voluta de humo elevándose entre las coníferas.

Incluso hubiera jurado que una sombra, una silueta humana se agazapaba, desapareciendo entre los árboles.

Tenía dos alternativas: subir hacia el bosque, en busca de un presunto tirador. O correr tras de su compañera de carrera, que rodaba ladera abajo.

No vaciló.

Tenía que impedir que la joven se desnucara o se hiciera añicos el cuerpo en su vertiginoso descenso hacia el vacío.

Clavó los bastones en la nieve, tomó impulso, y sus esquíes parecieron volar sobre la nieve, en un escalofriante descenso a tumba abierta, con el cuerpo inclinado hacia adelante y la mirada fija en el cuerpo de la joven que saltaba sobre la nieve, dando tumbos violentos.

Ahora, sólo de él dependía que otra vida humana se salvara o se perdiera definitivamente en aquel descenso mortal.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE DE BONN

¿Se encuentra mejor, señorita Ingram?

—Sí, creo que sí... —suspiró cansadamente la mujer tendida en el lecho del albergue—. Al menos, estoy viva.

—Y sana en todos sus miembros —sonrió Gunther Kohl, en pie junto a la cama—. Ni una fractura siquiera, aunque sí muchas magulladuras y golpes.

La joven pelirroja tendida en el lecho, miró su hombro y brazo izquierdo, fuertemente vendados e inmovilizados, y torció el gesto con dolor al pretender moverse entre las sábanas.

—¿Y esto? —preguntó—. Me duele mucho...

—Ah, eso... —El rostro del rubio esquiador se ensombreció. Frunció el ceño, vacilando, antes de añadir—: Fue una herida de bala. Ya está curada.

—¡De bala! —Los ojos verdes de la pelirroja muchacha se abrieron enormemente—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que he dicho —manifestó él con calma, sentándose al borde de la cama—. Alguien la hirió de un disparo cuando descendíamos la ladera hacia Cortina.

—Sí, recuerdo algo —ella frunció el ceño—. Sentí un repentino dolor, como si me ardiera el brazo. Perdí el equilibrio... y ya no recuerdo más.

—Descendió dando tumbos, inconsciente. Tuvo fortuna en no sufrir fracturas ni lesiones serias. Ese disparo le provocó el accidente.

—Pero ¿quién pudo dispararme a mí? —se lamentó ella,

estupefacta.

—No lo sé —confesó Gunther—. Hubiera podido darle caza si salgo tras la persona que disparó desde el bosque de abetos de lo alto del repecho, estoy seguro. Pero no podía dejarla caer sin intentar salvarla de lo peor.

—Entiendo. ¿Pudo rescatarme antes de estrellarme abajo?

—Sí —sonrió Gunther—. Me costó trabajo, pero lo logré.

—No sabe cómo se lo agradezco —suspiró la joven—. Pero la herida de bala... el que alguien me disparase... es algo que no puedo entender.

—Yo tampoco. Ni la policía de Cortina. Están rastreando la zona, en busca del tirador. Pudo tratarse de un chiflado o de un maniaco, nunca se sabe. Le extrajeron el proyectil. Aquí está.

Tomó entre sus dedos una pieza de metal arrugado y deforme, que ella contempló con ojos aturcidos.

—¿Qué clase de bala es? —se interesó.

—Buena pregunta —admitió Gunther con un movimiento afirmativo de su rubia cabeza—. Es preciso examinarla con más cuidado para estar seguro. Pero yo diría que es una bala de calibre 9 mm,

especial para rifles de gran potencia y alcance, posiblemente disparada con un arma de mira telescópica de alta precisión.

—¿Una de esas armas que utilizan para caza mayor?

—Sí, algo así —asintió Gunther, mirándola fijamente, con el proyectil entre sus dedos—. Extraño, ¿no?

—Mucho. ¿Quién podría tener interés en matarme a mí con semejantes métodos?

—Lo ignoro. ¿Usted lo sabe o tiene alguna sospecha?

—Ninguna en absoluto. Ya le dije que mi profesión es la de escritora de libros. No creo que ningún lector mío haya sentido tal decepción por mis obras como para querer vengarse de ese modo —bromeó ella, pese a lo serio de la situación.

—Yo tampoco creo que escriba tan mal —siguió Gunther la broma, con un brillo grave en el fondo de sus azules pupilas—. Lo cierto es que, de haber ido unos centímetros más abajo, usted estaría muerta ahora, con el corazón perforado.

—Y de haber caído sin tener a mi lado a un socorrista y esquiador como usted, posiblemente también me habría matado

desnucándome, ¿no es eso?

—Sí, es posible —admitió Gunther, pensativo.

—Claro que los dos esquiábamos juntos —dijo ella de repente.

—¿Y qué? —Los ojos del alemán se clavaron en ella.

—Recuerdo que un segundo antes de sufrir ese impacto doloroso y ardiente en mi hombro, iba esquiando justo delante de usted, y que en ese breve espacio de tiempo, me desvié ligeramente, al rebasarme usted en el descenso. ¿No pudo suceder que el tirador del bosque pretendiera hacer blanco en *usted* y no en mí?

Gunther Kohl permaneció silencioso, mirándola con intensidad. Depositó la bala en un cenicero de la mesilla del cuarto del albergue de Cortina

D'Ampezzo,

y meneó la cabeza al fin, afirmando muy despacio.

—Sí, es posible —aceptó—. Ya se me había ocurrido algo así anteriormente...

—¿Por qué? —Ella le miró a su vez con fijeza—. ¿A qué se dedica usted exactamente, señor Kohl?

—Soy periodista gráfico de una cadena editora de revistas ilustradas de Frankfurt. Ahora estoy de vacaciones en Cortina, como ya le dije.

—Pero esa profesión no justifica que intentaran matarle, si es que dispararon contra usted, señor Kohl.

—No, claro que no —sonrió Gunther suavemente—. Le engañaría si le dijera que sólo me dedico a eso. Lo cierto es que hago algunos trabajos para mi Gobierno.

—¿Agente secreto?

—Sólo en cierto modo —rió—. No soy un James Bond, si es lo que piensa.

—Pero puede ser lo bastante importante para alguien, como para desear su muerte en Cortina.

—No entiendo el porqué. Hace tiempo que no trabajo en nada especial, y lo de mis vacaciones y las fotografías periodísticas es verdad. Le doy mi palabra, señorita Ingram.

—Entonces, ¿por qué cree que intentaría alguien matarle?

—Lo ignoro —se encogió de hombros el joven alemán—. Lo ignoro por completo... al menos de momento.

—Al menos de momento —repitió ella, pensativa—. ¿Podría ocurrir que, sin usted saberlo, de pronto se hubiera convertido en lo bastante molesto para alguien como para intentar asesinarle a sangre fría?

—Sí. Podría ocurrir. Pero ignoro la razón.

—Tal vez muy pronto la sepa —apuntó la joven, con un destello astuto en sus verdes pupilas—. Tengo esa corazonada, *herr Kohl*...

Sólo unas horas más tarde, Gunther Kohl tuvo que admitir que su compañera de prácticas deportivas en la nieve de Cortina era capaz de presentir las cosas con notable exactitud. A menos que no sospechara o supiera ya algo de antemano...

* * *

Gunther Kohl se sentó en la mesa habitual del comedor del albergue, no lejos de la ventana asomada al paisaje nevado, cuyas rampas y alturas blancas destacaban por encima de las luces de la población de Cortina. El clima allí dentro, en contraste con el frío y la intensa nevada exterior, era cálido y confortable. No sólo las viejas y hogareñas chimeneas des pedían el resplandor de los leños encendidos, sino que también los radiadores de la calefacción contribuían a la atmósfera realmente grata del interior del albergue.

Elegió su menú de la carta que le ofrecía el camarero, y dirigió una mirada indiferente a los demás comensales que casi llenaban el comedor, muchos de ellos absortos en animada charla con sus compañeros de mesa. El joven alemán dirigió luego una breve ojeada a la silla vacía que tenía frente a sí. Echaba de menos a su ex-compañera de mesa, a la joven pelirroja inglesa, de nombre Debbie Ingram, escritora de libros de ficción, en su mayoría de corte sentimental y novelesco, aunque adaptado a la época y a los problemas actuales. La joven todavía estaba guardando reposo, por indicación expresa del médico de Cortina.

—Perdone, ¿podríamos sentarnos con usted?

Sorprendido, alzó la cabeza. La mujer que le interpellaba, con su más deslumbrante sonrisa, le era totalmente desconocida. Era elegante, esbelta y de cabello rubio ceniza. Sus ojos color ámbar le miraban con evidente curiosidad. En realidad, eran muchas las mujeres de toda edad que en Cortina miraban de soslayo al rubio

alemán, sin ocultar en muchos casos su admiración por aquel hombre joven, atlético, viril y de rostro atractivo, cuya amistad con su compañera de mesa, la inglesita, más de una habría envidiado interiormente.

—Por supuesto —asintió Gunther, con una cortés inclinación, señalando la silla vacía—. Pero sólo la veo a usted, señorita...

—Señora —rectificó ella suavemente. Señaló hacia un punto de la sala—. Mi marido se reunirá pronto conmigo. Está telefoneando a unos amigos... Perdonará que hayamos elegido esta mesa, pero en las demás solo queda sitio para uno más, y nosotros somos dos.

—No tiene que darme explicaciones, señora —sonrió el alemán—. Eh, camarero, una silla más, por favor.

—Enseguida, señor Kohl —respondió el camarero aludido, llevando un asiento a la mesa y retirando el jarroncito de flores de adorno para dejar más despejada la mesa, con vista a tres comensales.

Gunther ni siquiera había prestado atención al marido de la dama, salvo con una leve ojeada a unas anchas espaldas cubiertas por una americana cheviot color marrón, allá en la cabina telefónica inmediata a la barra del restaurante.

Se ocupó más de observar a la dama que tomaba asiento frente a él, y a quien ayudó cortésmente a acomodarse, puesto en pie. Al sentarse ambos, ella le dirigió una sonrisa de gratitud.

—Ha sido muy amable, señor Kohl... ¿no le llamó así el camarero?

—En efecto. Gunther Kohl, a su servicio, señora...

—Keaton —dijo ella con premura—. Vanessa Keaton. ¿Es usted austríaco, suizo...?

—Alemán —rectificó suavemente él—. Pero he vivido tiempo en Austria y en Suiza, la verdad. Me fascina el deporte de la nieve. Siempre me encontrará en sitios como Cortina, Innsbruck o Montreux, por poner unos ejemplos. ¿Realmente notó que mi acento no es demasiado alemán?

—He viajado lo suficiente para advertir las influencias austríacas o suizas en el lenguaje alemán —sonrió la dama.

—La felicito. Eso quiere decir que conoce también el alemán a fondo... aunque esté expresándose conmigo en inglés.

—Es cierto —admitió ella sin rubor—. Estudié alemán en

Munich siendo niña. Y mi esposo también domina su lengua, *herr* Kohl. Ah, ahí viene él...

En efecto. Un hombre joven, alto, fornido, de cabello castaño, venía hacia ellos. Gunther le contempló ahora con fijeza, sin que su rostro expresara emoción alguna. La mirada gris y penetrante del hombre también se fijó en él. Ninguno de los dos hombres pareció tener relación o conocimiento previo alguno con el otro.

Sin embargo...

—Querido, te presento a *herr* Gunther Kohl —dijo ella con sencillez, señalando al rubio alemán—. Éste es mi esposo, Larry Keaton, norteamericano como yo misma...

—Es un placer, señor Keaton —dijo Gunther con sencillez, extendiéndole la mano, que el otro estrechó cordialmente.

—Lo mismo digo, señor Kohl —sonrió ampliamente el americano con la desenvoltura propia de las personas de su nacionalidad—. Espero sepa perdonar que mi esposa haya escogido su mesa para importunarle...

—En absoluto, señor Keaton —dijo Gunther, con el rostro inexpresivo y frío—. De momento, mi habitual compañera de mesa, una escritora inglesa herida en un lamentable accidente de esquí, está sujeta a un régimen de reposo absoluto en su habitación. Me alegra compartir mi mesa con alguien, se lo aseguro.

—Muy amable —se limitó a decir el norteamericano con su fácil sonrisa, sentándose entre su esposa y el alemán. Tomó de manos del camarero el menú, y eligió con rapidez una ensalada y carne a la plancha con patatas hervidas, justificando con un encogimiento de hombros—: Aunque dicen que la nieve y el frío exigen una comida muy fuerte, la verdad es que me siento mejor sin abusar de los alimentos.

—De todos modos, no se fíe —le avisó Gunther—. Este clima elimina muchas calorías e hidratos de carbono, así como proteínas y vitaminas. Yo le aconsejaría platos más sólidos si piensa permanecer mucho tiempo aquí, señor Keaton.

—La verdad es que llegamos hace sólo unas horas, y pensamos quedarnos únicamente dos o tres días —suspiró la señora Keaton—. No soy gran partidaria de la nieve, tal vez porque nunca fui una buena esquiadora.

Gunther se limitó a hacer un gesto de circunstancias, mientras el

camarero le servía la sopa caliente y escanciaba en su copa el vino tinto de buena graduación. En realidad estaba pensando. Pensando muy intensamente sobre aquella joven pareja americana que compartía ahora su mesa.

La bella y elegante señora Keaton le era, ciertamente, desconocida por completo. Pero no podía decirse lo mismo en cuanto a su esposo. El hombre que dijera llamarse Larry Keaton era algo más que un conocido para él.

Era un colega. Un amigo.

Aunque habían fingido desconocerse mutuamente, ambos eran viejos camaradas de profesión. Pero él no se llamaba Keaton. Su verdadero nombre era Lawrence Merrill, y pertenecía a la Agencia Central de Información de los Estados Unidos, conocida mundialmente por sus siglas de CIA.

* * *

Los dos hombres se contemplaron fijamente a través de la mesa. Los cafés humeaban en sus tazas. Era café fuerte, cargado y espumoso, un expreso a la usanza europea, más bien latina. Pero ambos parecían acostumbrados a tal infusión, tan diferente al aguado y ligero café alemán o americano. Junto a los cafés, dos copas de *brandy* completaban la sobremesa. Keaton-Merrill fumaba un cigarro habano. Kohl un cigarrillo inglés, de un negro paquete de John Player Special.

—Y bien —dijo lentamente Gunther—. ¿Cómo van las cosas, Merrill?

—No muy bien —el americano torció el gesto, mirando en torno, pese a que el joven alemán había utilizado un tono de voz bajísimo—. Eres un gran tipo, Gunther. Nadie hubiera dicho que fuéramos viejos amigos.

—Ya. ¿Es realmente tu esposa?

—Es la señora Keaton, si eso es lo que preguntas —sonrió evasivo su colega yanqui.

—Pero tú no eres el señor Keaton.

—No, claro que no. Es un asunto complicado, Gunther.

—Lo imagino. ¿Eligió ella la mesa o fue cosa tuya?

—Mía, claro. Se la indiqué al entrar y reconocerte. Me quedé

telefoneando. Era una llamada urgente.

—¿A «la Empresa»? —bromeó Gunther^[2].

—Claro —respondió Merrill con una vaga sonrisa, mirando de soslayo hacia la lejana puerta de los servicios de *toilette* femeninos, donde desapareciera momentos antes su «esposa». Bueno, no directamente a ellos, claro. Siempre se usa un intermediario de confianza en estas cosas.

—Por supuesto. ¿Por qué os sentasteis aquí?

—Era una forma normal de trabar relación con otro turista, ¿no?

—Ya. ¿Tenías que contactar conmigo de un modo que no inspirase recelos?

—Algo así, en efecto.

—Estoy fuera de servicio, Merrill. De vacaciones. Hace más de dos años que no hago trabajo alguno para mis jefes de Bonn.

—Lo suponía. Yo, no. Estoy en pleno trabajo.

—Entiendo. ¿Tengo algo que ver en eso?

—Es muy posible, sí. ¿Conoces a alguien llamado Stowell, Frankie Stowell?

—¿Stowell? —Gunther enarcó las cejas, pensativo. Luego negó —. No, en absoluto.

—Murió en Moscú hace dos semanas. Le acribillaron a tiros en la calle Gorki. Era funcionario de nuestra Embajada allí.

—Vaya, ignoraba ese incidente diplomático en la URSS.

—Se ha procurado silenciar por ambas partes. Stowell agredió a una patrulla de soldados soviéticos violentamente. Tuvieron que disparar y abatirle. Es un hecho inexplicable. Stowell era un hombre equilibrado y sensato. De repente, pareció volverse loco y virtualmente se suicidó. Está probado que ocurrió así, no hay duda alguna sobre la veracidad de tales hechos. Un grupo de turistas fue testigo del suceso.

—¿Qué tiene que ver conmigo todo eso? —se extrañó Kohl.

—El hombre herido, nuestro agente de Moscú, dijo algunas cosas en su agonía, a un agente de la KGB. Entre esas cosas, un nombre: el tuyo. Gunther.

—¿El mío? —Gunther enarcó las cejas.

—Completo. Nombre y apellido.

—¿Qué más dijo?

—Nada más. Murió de inmediato. Sus últimas palabras fueron

ésas, precisamente: Gunther Kohl. Creí que sabrías por qué.

—Pues no lo sé. Nunca oí hablar de vuestro Stowell. ¿Usaba otros nombres?

—No. No estaba fichado más que por los rusos, con nuestro consentimiento. Nunca tuvo que cambiar de identidad.

La puerta de la *toilette* se abrió. Vanessa Keaton apareció en ella. Gunther hizo una rápida advertencia entre dientes:

—Cuidado. Tu esposa viene, Merrill.

Él no se inmutó, limitándose a pestañear en gesto de asentimiento. La charla prosiguió en términos muy diferentes, mientras ella se aproximaba a la mesa:

—... ciertamente, mi querido señor Kohl, me quedaría gustoso unos días más en Cortina, pero mi mujer ya le dijo que no era nada partidaria de la nieve ni de sus deportes, de modo que seguramente seguiremos viaje hacia otros lugares más gratos para ella...

Se pusieron ambos en pie un instante al llegar ella y reunirse con sus acompañantes en torno a la mesa, con su mejor y más dulce sonrisa. Kohl le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó. Nadie, viendo sus azules ojos límpidos y risueños, hubiera podido pensar que se sentía hondamente preocupado e intrigado, tanto por el falso nombre de su amigo Merrill, como por la existencia de una «esposa» inexplicada, y sobre todo por haberse enterado de que un desconocido llamado Stowell, había pronunciado su nombre ante un agente secreto soviético, antes de morir en las calles de Moscú.

Todo eso parecía carecer por completo de sentido para el alemán, pero se guardó mucho de revelar sus íntimas emociones en el más leve gesto de sus músculos faciales, siempre dominados por la férrea voluntad del hombre de Bonn.

Algo, sin embargo, se había fijado en su mente desde que supiera que Merrill estaba allí a causa de las palabras de un desconocido moribundo: estaba seguro de que el atentado sufrido por la escritora inglesa en el descenso de la rampa nevada, tenía una muy directa relación con todo este asunto.

Sin duda, Debbie Ingram había sido herida por simple error. Él era la víctima, como ella intuyera. Y también como había presentido la joven escritora, acababa de darse exacta cuenta de ello muy poco después de que Debbie se lo pronosticara.

¿Pero qué relación podían tener entre sí todos esos extraños e

inexplicables sucesos?

Ésa, de momento, era una pregunta sin posible respuesta para Gunther Kohl, el agente de los Servicios de Inteligencia de la República Federal Alemana.

CAPÍTULO IV

TELA DE ARAÑA

Golpearon suavemente en la puerta.

Gunther estaba esperándolo, aunque nadie se lo había dicho. Se limitó a decir desde su cama, sentado en ella tranquilamente, con un libro abierto sobre sus rodillas:

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente. Asomó la cabeza de Lawrence Merrill. Entró rápido, cerrando tras de sí. Pasó el pestillo para asegurar la puerta. Se justificó:

—Es mejor estar seguros, Gunther. Hay peligro. ¿Por qué duermes con la puerta sin cerrar debidamente?

—Te esperaba.

—¿A mí? —se extrañó Merrill—. No dije que vendría a verte.

—Pero sabía que lo harías.

—¿Por qué?

—Llámalo corazonada —sonrió Kohl encogiéndose de hombros.

—Pudo haber sido otro quien viniera, en vez de venir yo —le replicó Merrill—. Y ese otro podía ser un enemigo. Incluso alguien dispuesto a matar...

—Es previsible —admitió Gunther.

—Y te hubiera cazado indefenso, leyendo un libro...

—¿Tú crees? —Gunther, risueño, pasó unas páginas del libro. Le mostró el interior de éste, vaciado de hojas en forma de hueco cuadrangular, dentro del cual había una pequeña automática de calibre 32. La enarboló, significativo—. No indefenso del todo...

—Eres un diablo —gruñó el americano, riendo y sentándose en

el borde de la cama—. ¿Estás siempre en guardia?

—Casi siempre. Sobre todo, cuando alguien ha intentado matarme.

—¿Qué dices? —Se sobresaltó su antiguo camarada.

—Lo que has oído. Dispararon sobre mí en pleno descenso en las pistas de esquí. Pero hirieron a una joven compañera por error.

—¿Quién es esa compañera?

—La que compartía la mesa conmigo en este hotel a las horas de comer. Una escritora inglesa llamada Deborah Ingram, aunque se firma siempre Debbie. ¿La conoces?

—Sólo de nombre. Es como conocer a Irving Wallace o a Lapierre y Collins, pongamos por caso.

—Supongo que no figura fichada como posible espía de nadie.

—Que yo sepa, no. Pero la CIA no es omnipotente.

—Pues lo parece —rió Gunther, irónico—. ¿Trabajáis ahora de acuerdo amigable con los rusos?

—Aunque te extrañe, sí. Resulta paradójico, en pleno enfriamiento diplomático entre ambas potencias, ¿no?

—Sí, por eso lo decía. Si vienes por aquí por algo que solamente oyó un agente ruso en Moscú, es porque ellos han debido informarnos.

—Así es. Están preocupados. Nosotros también.

—¿Por qué? Yo no tengo informe alguno de Bonn. No sé nada de nada. Ya te dije que vivo unas largas vacaciones. Decidí dejar los servicios secretos. Sólo en un caso muy especial me decidiría a volver, aunque fuese de modo momentáneo.

—¿Y no justificaría ese regreso unas palabras pronunciadas en Moscú por un americano agente nuestro a quien tú jamás habías conocido?

—Pudiera ser. Pero antes tendría que saber por qué me nombró él.

—Eso también queremos saberlo nosotros. Y los rusos.

—De modo que estoy entre dos fuegos, ¿no?

—Algo parecido —rió a su vez el norteamericano—. Te diré las palabras exactas que, según la KGB, pronunció nuestro hombre en Moscú antes de morir tan estúpida e inexplicablemente.

Rebuscó en sus bolsillos. Arrancó un papel blanco de un pequeño bloc y escribió en él con rapidez unas pocas palabras:

«EL MALDITO INVENTO... LA FORMULA WARTZ... EL VIENTO... LA FORMULA NOS AMENAZA A TODOS... EL METEORO... EN EL CIELO... EL VIENTO... GUNTHER KOHL...».

Le tendió el papel a Gunther. Éste lo leyó en silencio. Arrugó el ceño. Su rostro se ensombreció. Merrill no le perdía de vista, buscando una reacción, una alteración emotiva en su rostro.

—¿Y bien...? —indagó el agente de la CIA.

—No entiendo nada —confesó Kohl, perplejo—. No sé de qué hablaba este hombre.

—Nosotros tampoco. Ni los rusos. Y esta vez debo creerles, porque de otro modo no recurrirían a pedirnos ayuda. Están tan desconcertados como nosotros.

—Admito eso como posible. Pero ¿qué pinta en todo ello mi nombre, si yo tampoco sé nada de nada?

—¿Seguro, Gunther? ¿Esas palabras no te dicen nada?

—Ni lo más mínimo. De otro modo te lo diría. Recuerda que no me debo a nadie en la actualidad. Estoy exento de servicios oficiales a mi Gobierno. Ellos han respetado mi independencia durante estos dos años, Merrill. Espero que todo siga igual.

—¿Te gusta tu tarea actual de hacer fotografías periodísticas?

—Siempre me gustó eso y hacer deporte. Con lo que gané en unos años de espía, me basta para vivir tranquilo. Lo que sucedió con esa chica en la rampa de descenso no me gustó nada. Me recordó viejos tiempos.

—Viejos tiempos dices... —resopló Merrill, sacudiendo la cabeza—. A tus treinta años.

—Treinta y dos —rió Kohl, sarcástico—. Para mí, es el pasado, Merrill.

—Lo siento, pero no pienso igual. Si han intentado matarte y un agente nuestro a quien no conoces da tu nombre al morir en Moscú, es que algo está ocurriendo en torno tuyo, aunque tú no lo sepas. Algo que te envuelve sin tú mismo saberlo.

—Una especie de telaraña invisible, ¿no?

—Algo parecido. No puede ser casual, Gunther. Me gustaría tener el eslabón que diese una cierta coherencia a toda esa cadena de absurdos sin relación entre sí...

—También a mí. Pero no sólo esos factores a que aludes me resultan poco claros. Estoy preguntándome por qué te haces llamar Keaton y quién es, realmente, la llamada señora Keaton, Merrill. ¿Has venido aquí esta noche sabiéndolo ella?

—Por supuesto que no —sonrió el hombre de la CIA—. Le he dicho que bajaba al bar a tomar algo porque no podía dormir bien.

—¿Se lo habrá creído?

—No sé. Supongo que sí.

—Eso quiere decir que no le dices la verdad respecto a mí.

—De momento, tu nombre es «top secret» para nosotros, en su dimensión de ex-agente de la Inteligencia alemana, Gunther.

—¿Por qué todo eso, Merrill? Sigues sin hablarme de la señora Keaton.

—Está bien —suspiró el norteamericano—. Te lo diré todo. Creo que tienes derecho a saberlo, puesto que te he contado todo lo demás. Te dije que ella era, realmente, la señora Keaton. No te mentía. Ése es su nombre de casada.

—Pero no el de la persona que dice ser su marido, es decir: tú.

—Claro que no me llamo Keaton. Ella vive separada de su esposo. Es mi actual compañera. Para todos los efectos, cuando viajamos o nos inscribimos en hoteles y sitios así, doy el nombre de Larry Keaton. Ella se siente mejor así, puesto que su rostro es bastante conocido por haber sido antes modelo de alta costura y aparecer en muchas publicaciones. De ese modo, mantiene su apellido, conocido del público, por haberse dicho que se casaba con un hombre llamado Keaton, y se siente más segura ante la gente. Es una mujer muy sensible, y de otro modo lo pasaría muy mal a mi lado.

—Vaya... —suspiró Kohl—. Una historia de amor en medio de un asunto de espionaje y de problemas internacionales. Eres asombroso, Merrill. Casi un personaje de novela, ¿eh?

—Casi —sonrió débilmente el norteamericano—. No tengo la culpa de estar con Vanessa de este modo cuando se ha desencadenado este maldito asunto de Moscú...

—Sí, lo supongo. —Gunther meneó la cabeza, frotándose luego el mentón con aire de evidente perplejidad—. La verdad, Merrill, hablando de lo relativo a mí y a mi nombre en labios de vuestro hombre de Moscú, no puedo entender absolutamente nada, pese a

que estoy dándole vueltas a la cuestión desde que me la has relatado.

—Yo no puedo ayudarte en eso, lo siento —murmuró con expresión meditativa su amigo—. Esperaba que me dieras una solución. Seguramente los rusos no van a creerse lo que dices.

—Pero tú sí lo crees, ¿no es cierto? —Gunther le contempló fijamente.

—Por supuesto que lo creo. Hemos sido compañeros, ¿no? Sé que no me engañarías en algo así. Pero ellos no te conocen bien. Tendrán sus dudas, es posible que piensen que les ocultas algo importante... La situación en que te encuentras por culpa de las palabras finales de Stowell, no es nada fácil, créeme. Es posible que haya en Cortina en estos momentos agentes de la KGB, del mismo modo que yo estoy aquí ahora. Sólo conocemos a uno de los agentes de Moscú, precisamente la persona que tenía alguna relación con Stowell y que escuchó sus últimas palabras. Pero ellos enviarán a alguien totalmente desconocido para nosotros, los miembros de la CIA, estoy seguro.

—Sí, yo también —reflexionó Gunther en voz alta con un suspiro—. Cortina se va a convertir en un lugar harto incómodo a partir de ahora...

—¿Qué estás pensando? ¿Largarte de aquí?

—Sería una solución momentánea al problema.

—Pero les haría sospechar más aún de tu persona. Parecería una fuga.

—En cierto modo, quizás lo sea —clavó su mirada azul en Merrill—. ¿Crees que podrías ayudarme?

—Lo dudo. Está el problema de Vanessa... Pero, por supuesto, ante todo está mi trabajo y los intereses americanos en esto. Creo que sí puedo ayudarte. Gunther. ¿Quieres desaparecer esta misma noche?

—Será lo mejor. Mañana podría ser demasiado tarde.

—Bien. Dime lo que esperas de mí.

—Escúchame bien. Merrill... —El joven alemán habló con su colega norteamericano con rapidez, en voz muy baja.

El americano asintió repetidas veces, y luego ambos hombres se dieron la mano, saliendo con rapidez Lawrence Merrill de la habitación, de regreso a su propia alcoba.

Gunther Kohl saltó de la cama y comenzó a vestirse. El arma de fuego que guardara en el libro vaciado, pasó a uno de sus bolsillos. Un gesto de fría determinación endurecía en esos momentos sus facciones.

El ex-agente secreto alemán volvía a la habitación. El alegre deportista, viajero y fotógrafo de prensa, parecía quedar de nuevo atrás. El destino así lo había querido, y él no podía hacer nada por evitar el curso de los acontecimientos. Por eso había tomado ya su decisión.

* * *

Helmut Bauman, jefe de los Servicios de Inteligencia de la República Federal Alemana, paseó por la habitación con las manos a la espalda y la expresión reflexiva.

Sobre la mesa aún reposaba el mensaje en clave que acababa de recibir por su propio télex con carácter de urgencia. Tras la transcripción conforme al código en clave establecido su texto era bien simple:

«GUNTHER KOHL, EX-AGENTE NUESTRO, DESAPARECE DE
CORTINA
D'AMPEZZO
SIN DEJAR RASTRO.

LAWRENCE MERRILL. MIEMBRO DE LA CIA, PERMANECE
ALLI BAJO EL FALSO NOMBRE DE KEATON, EN COMPAÑIA DE
UNA SEÑORA KEATON.

SEGUIREMOS INFORMANDO A MEDIDA QUE SEPAMOS
ALGO AL RESPECTO».

Helmut Bauman estaba preocupado. Conocía bien a Gunther Kohl, que había sido un hombre a su servicio tiempo atrás, y cuya labor para los Servicios de Inteligencia había sido notable. Ahora lo tenía sometido a vigilancia, pese a estar inactivo desde hacía dos años, a causa de los informes recibidos por su organización desde Moscú y Washington.

Y Gunther Kohl había abandonado Cortina sin dejar tras de sí pista alguna.

Bauman se inclinó por fin, tomando el teléfono. Marcó un número que no figuraba en ninguna guía, y que le ponía en contacto directo con un determinado lugar de Bonn, la capital federal. Una voz preguntó al otro extremo del hilo:

—Aquí Stern. ¿Quién llama?

—Sigfrido —utilizó Bauman el nombre clave, como su interlocutor había hecho—. Tengo un informe urgente.

—Hable, Sigfrido.

—Gunther Kohl ha desaparecido de Cortina. Nuestros agentes no dan con él. Ignoro si es una maniobra norteamericana. Un antiguo compañero suyo de la CIA, Lawrence Merrill, se halla allí en estos momentos con nombre falso.

—Entiendo. ¿Se ha confirmado la participación de Kohl en los sucesos de Moscú?

—No, señor. Sólo existe la seguridad de que el americano muerto pronunció su nombre en relación con una misteriosa «fórmula Wartz» y las demás palabras aparentemente sin sentido pronunciadas por el agente americano. Al parecer, Gunther Kohl hacía una vida normal y tranquila, lejos de los trabajos que hiciera para nosotros. No hay evidencias de que participe en misión secreta alguna para ninguna organización determinada.

—Sigan buscándole. Si dan con él, tráiganlo a Bonn para ser interrogado por nuestro organismo. Si descubren que peligra por alguna razón, traten de proteger su vida por todos los medios. Es todo. Manténgame informado.

—Sí, señor —colgó un momento después de oír el lejano «clic» que daba fin a la comunicación telefónica.

Bauman pulsó un llamador. Acudió uno de sus funcionarios. Momentos después, todos los agentes especiales alemanes tenían una misión concreta a cumplir: encontrar a Gunther Kohl y protegerle de todo peligro, para traerlo de inmediato a la República Federal.

* * *

Irwin Goldman, presidente de la multinacional EIC-Electronic

International Corporation— golpeó con fuerza la pelota con el reverso de la raqueta. Le salió un *loop* perfecto y se anotó el punto, ante la exasperación de su adversario.

Había sido *match-ball* a su favor, y no lo había desaprovechado. Sonriendo, fue a la red y estrechó la mano de su fatigado antagonista.

—Lo siento —dijo—. Hoy no parecía usted demasiado fuerte.

—Lo intenté todo, pero juega usted demasiado bien para mí, señor Goldman —dijo el vencido cubriendo el cuello con una toalla y dirigiéndose a tomar un poco de refresco al borde de la pista—. Le felicito. Me ha ganado con una facilidad pasmosa.

—Otro día ganará usted —sonrió el magnate, secándose el sudor mientras varios espectadores aplaudían, acercándose a ellos desde la grada de la cancha—. Lo importante es relajarse de los negocios y las tensiones de cada día, amigo mío. Nada como el deporte para eso.

Se reunieron con ellos los espectadores. Eran cinco, y de ellos tres eran mujeres. Todos vestían prendas deportivas. Los *shorts* de ellas revelaban la belleza de línea de sus bronceadas piernas.

Rodearon al magnate de la industria electrónica norteamericana, llenándole de mimos como si fuese un sultán en su harén. Evidentemente, a Goldman le gustaba eso, porque se dejó masajear y besar por ellas, camino de las duchas. Le siguió su rival en el juego, acompañado por los dos hombres, que comentaban lances de la partida con tono trivial.

Sin embargo, cuando se hubieron duchado y cambiado de ropa, y ambos hombres pasaron a una mesa en el jardín contiguo a la pista de tenis, donde ya les habían servido los aperitivos, las chicas se retiraron discretamente, dejando solos a los dos hombres.

La pareja de acompañantes que fuera espectadora del juego, se situó a distancia de ellos, cada uno en un extremo del jardín. Todo en ellos hacía intuir la naturaleza de su labor allí: guardaespaldas del visitante del poderoso Irwin Goldman. Éste, si los tenía, no estaban a la vista en el jardín bien cuidado que acariciaba el sol matinal.

—Bien —suspiró Goldman—. Ahora, pasemos a algo menos relajante, amigo mío. Hablemos de negocios...

—Menos relajante, pero más productivo para todos, sin duda

alguna —respondió sonriendo su visitante.

—Al menos para usted, no hay duda —había cierta sequedad en el tono del magnate de la electrónica—. Creo recordar que habló de cien millones antes de comenzar la partida...

—Cien millones de dólares, en efecto.

—Una suma muy elevada, ¿no es cierto? Incluso para un hombre como yo.

—Pero a cambio de ese desembolso, usted puede ingresar en el futuro miles de millones, señor Goldman —le advirtió suavemente su interlocutor.

—Eso es en el futuro, suponiendo que ese futuro llegue alguna vez. Usted, en cambio, me pide los cien millones *ahora*.

—No los pido para mí —esbozó el otro una sonrisa astuta—. Yo soy simplemente un intermediario, señor Goldman, recuérdelo bien.

—Un intermediario que se llevará sin duda un buen puñado de millones de ese centenar, ¿no, señor Zakiris?

—No demasiado, para lo que está en juego. Pero alguien tiene que servir de puente entre la persona que tiene algo que vender y quien quiere comprar.

—¿Qué le hace suponer, realmente, que yo desee comprar? —indagó con expresión cautelosa Goldman.

—Sé que está interesado en muchas cosas, señor Goldman. Una de ellas es su negocio de las multinacionales. Otra... su país y su futuro.

El rostro de Goldman se ensombreció. Asintió lentamente, sin desviar su mirada penetrante del hombre de apellido griego.

—Sabe muchas cosas de mí, señor Zakiris —dijo, glacial.

—Yo, no. Me han informado quienes me utilizan de intermediario. Saben que usted donará a Israel la garantía de su seguridad como país al precio que sea.

—Imagino que también se habrá dirigido su desconocido amigo a los árabes... —señaló Goldman con desconfianza.

—Es posible. A mí, nada me ha dicho.

—Y si se lo hubiera dicho y usted hubiese hablado ya con los árabes, tampoco me lo confesaría, ¿no es cierto?

—Por supuesto —la sonrisa del griego se estiró—. Esta clase de negocios no permiten indiscreciones. Compréndame, señor Goldman.

—Le comprendo muy bien. Lo que me sorprende es que no le hayan enviado también a la URSS y a los Estados Unidos para ofrecer su... su mercancía. ¿O ya lo hicieron también?

—No nos atrevemos a tanto, al menos mientras existan otras posibilidades menos arriesgadas. Es posible que ellos pudieran pagar más por lo que vendemos, pero también podría suceder que se uniesen para jugar sucio con nosotros.

—Cosa que no esperan que hagamos los árabes y los israelitas, ¿verdad?

—Verdad, señor Goldman. Ustedes son irreconciliables. Por eso quien se decida a comprar, no cooperará con el otro, sino que utilizará su adquisición en asegurarse su propia superioridad.

—Como judío, no puedo simpatizar en modo alguno con los árabes. Pero usted y los que están tras de usted, me parecen despreciables.

—No nos ofende eso, siempre que esté dispuesto a comprar, señor Goldman —rió entre dientes el griego.

—Supongamos que, realmente, quisiera comprar para mi país esa valiosa mercancía que ustedes poseen. ¿Quién me garantiza que la misma es tan eficaz como aseguran?

—Le he citado las pruebas que hemos hecho hasta ahora. Sólo nos hace falta que usted decida la compra a cambio de una previa prueba, la que usted mismo decida. Esa prueba se efectuará, para demostrarle que no mentimos.

—¿Y si luego venden la misma mercancía a otros compradores, engañándonos a todos? ¿Qué garantía tendremos de que sólo nosotros poseemos lo adquirido?

—El hecho de que la fórmula será de su propiedad. Y toda la reserva del producto también, así como sus medios de difusión. Dada su enorme carestía, sólo existen unas escasas dosis numeradas y controladas. Una computadora posee los datos de tales números de control, y todo está precintado y dispuesto para un examen riguroso, previo a la compra en sí. Le aseguro que no hay doble juego. Quien pague, obtendrá lo que tenemos en venía. Eso es todo. Decídase, señor Goldman. Hoy debo dar mi respuesta a mis superiores.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Unas horas. Muy pocas. Cuanto antes nos deshagamos de

nuestra mercancía, tanto mejor.

—Muy bien. Vuelva esta tarde, a las seis. Habré tomado mi decisión. Pero tendré conmigo a personas especializadas en el control de mercancías, si decido comprar. Y exigiré una prueba indiscutible, piénselo bien.

—Eso no nos preocupa, señor Goldman —sonrió Zakiris, poniéndose en pie con untuosa mueca—. A las seis en punto volveré para ultimar la operación, estoy seguro de ello...

CAPÍTULO V

AVENTURA MOSCOVITA

Anushka Dovrin releyó el informe confidencial recibido por la KGB soviética aquella misma fría mañana en que Moscú, para no perder la costumbre, aparecía cubierto por el blanco manto de una densa nevada.

Caían escasos copos de nieve ahora, y ella los había contemplado, con su bonito ceño fruncido, desde la ventana de vidrios blindados de la sólida estructura donde se hallaban las oficinas de la más poderosa máquina de la Inteligencia oficial rusa. El formidable complejo de sólida piedra, en cuya fachada se hallaban las oficinas de la propia KGB, asomadas a la Plaza Dzerzhinsky, y en el bloque de parte posterior el centro para interrogatorios y celdas de la temida Lubianka.

Anushka Dovrin dejó de interesarse nuevamente por la escasa nieve que descendía del cielo plumoso, para fijar sus ojos oscuros y profundos en aquellas breves líneas recién traducidas del lenguaje-clave:

DESAPARECIDO GUNTHER KOHL DE CORTINA SIN DEJAR
RASTRO. IMPOSIBLE LOCALIZAR SU PARADERO ACTUAL.

No estaba de buen humor la joven y atractiva agente especial soviética esta mañana. Su jefe inmediato, Stalislav Slokov, le había transmitido el disgusto del jefe de su Departamento, el general Iván Mihailiev, uno de los altos cargos de la KGB, al saber que la pista del agente alemán se había perdido tan estúpidamente a su juicio.

Ella misma se maldecía por ese fallo inexplicable. Había creído tomar toda clase de precauciones. Incluso la CIA americana estaba alertada y sobre el rastro de Kohl. Pero tenía informes en ese sentido, alusivos a que también los de la Agencia yanqui habían sido aparentemente burlados por la estrategia de Gunther Kohl, el escurridizo agente alemán.

Ahora era preciso dar con él nuevamente. Era el único dato que poseían para explicarse muchas cosas, entre ellas el comportamiento incomprensible del agente Stowell en Moscú. Anushka sabía que tras esa muerte existía un misterio posiblemente vital para la URSS y también para Washington. ¿Qué había descubierto el difunto Stowell, para citarla a ella en aquel café de la calle Gorki, actuando luego como un demente para dejarse matar, y revelándole finalmente una serie de cosas sin aparente sentido, salvo la mención de una frase clave: el nombre de Gunther Kohl? ¿Qué relación tenía el agente alemán con Stowell y con lo que éste sabía?

Finalmente, tras despachar algunos otros informes, comunicarse sin resultado práctico con algunos agentes suyos en Alemania Federal y en los Estados Unidos, la agente moscovita abandonó las oficinas de la KGB, para dirigirse a almorzar.

Eligió un restaurante tranquilo y de excelente cocina, en la orilla del río Moskva situada en el lado opuesto a la llamada Muelle Maurice Thorez. Allí, en uno de los restaurantes del gigantesco Hotel Rossia, el coloso de las seis mil pías de hospedaje, las dos salas de cine, la de conciertos y los diversos restaurantes, se acomodó en un rincón, eligiendo un menú sencillo pero apetitoso: esturión en gelatina, y pollo *tabaka*, un exquisito pollo georgiano, abierto y sazonado con sal y pimienta, frito en mantequilla, con guarnición de cebolla picada y salsa picante.

Todo ello, regado con un vino *Tsinandali*, blanco y ligero. Como postre, se limitó a tomar un poco de *Ton* o tarta dulce.

Estaba apurando su menú, cuando se fijó en el hombre solitario que comía cerca de ella. Ya anteriormente le había oído hablar con el camarero al solicitar su propia comida. Su acento era perfectamente normal, el de un ruso posiblemente lituano. Vestía abrigo de pieles y gorro negro de astrakán, lucía una pequeña barbita rala y unos lentes de muchas dioptrías sobre una nariz

halconada. Le vio saborear el caviar con vodka y el plato típico Shashlik caucasiano. Es decir, un pincho largo de trozos de cordero, alternados con trozos de cebolla, asado todo a la brasa y servido en una salsa sumamente picante. Bebía vino tinto fuerte, un buen *Mukuzany*. Tomó solamente café como postre.

El hombre le dirigió una leve sonrisa al verla mirándole. Anushka frunció el ceño, pensativa. No era habitual que los hombres rusos se mostraran así con sus compatriotas del otro sexo, sin existir conocimiento previo. Su amabilidad le resultó sospechosa.

El hombre terminó antes que ella de comer. Pagó los kopecs que valían su nota, y se puso en pie. Pasó junto a ella. Tropezó con el borde de la mesa, haciendo tambalear ligeramente la botella de vino de Anushka. Se disculpó rápidamente, apoyando sus manos en la mesa, y se alejó dignamente, sin añadir más. Anushka sintió aumentar sus recelos. Estudió al hombre mientras salía del amplio restaurante y se perdía en la calle nevada.

Luego, al terminar su trozo de tarta, se sirvió una copa de vino. Entonces descubrió el papel bajo la botella. Estaba doblado, confundiendo con el blanco del mantel, y oculto hasta entonces por el vidrio verdoso del envase. Anushka lo tomó, sorprendida, sin entender todo aquello.

Desplegó el papel. Lanzó una exclamación de sorpresa y se incorporó con rapidez, dando por terminado el almuerzo. Pagó con rapidez al camarero y abandonó el hotel. Miró a uno y otro lado de la amplia calle y a la orilla del río. No descubrió al hombre del abrigo de pieles por parte alguna.

Volvió a leer el breve mensaje escrito a mano sobre el papel abandonado en su mesa cuando el otro cliente fingió tropezar con ella:

«Estoy en Moscú. Pronto comunicaré con usted.

Saludos:

»*Gunther Kohl*».

—¡Kohl! —gritó roncamente, con rabia mal contenida, estrujando el papel entre sus dedos—. Ese maldito cerdo alemán...

Logra entrar en Moscú sin que lo sepamos nosotros, e incluso se permite comer a mi lado, desafiándome a que le reconozca... Es astuto y audaz, no hay duda...

Pero en el fondo, se sentía irritada, humillada casi. Un agente extranjero se había atrevido a burlarla en su propia madriguera, como un desafío abierto. Sin embargo, la nota no parecía mofarse de ese aspecto de la cuestión. Por el contrario, le ofrecía la posibilidad de una pronta comunicación.

Tuvo sus dudas al volver a la KGB, pero acabó confesándole lo sucedido a su jefe. Inmediatamente se dieron órdenes de controlar severamente a todos los turistas extranjeros en Moscú, uno de los cuales, sin duda, tenía que ser Gunther Kohl bajo una falsa identidad. Muy bien tenía que hacerse el engaño para burlar a la estricta vigilancia de las autoridades soviéticas.

Anushka pidió discreción en las diligencias. No había motivo para considerar a Kohl como un enemigo, al menos oficialmente. De momento, no se había portado como tal, o jamás se hubiese atrevido a poner un pie en la capital de la URSS.

Esperó la respuesta de Gunther nuevamente. Los informes sobre control de turistas fueron lloviendo sobre las mesas de la KGB. Sorprendentemente, nada especial ni revelador. Nadie, entre los turistas extranjeros actualmente alojados en Moscú, era un farsante. Se comprobaban los más nimios detalles. Ninguno era el hombre que buscaban.

Al día siguiente, Anushka recibió el contacto esperado.

Gunther Kohl se comunicó con ella de modo también imprevisible para la experta y joven agente soviética. Ocurrió en el lugar más insólito del mundo: en su propia ducha.

Estaba a punto de salir para su trabajo cotidiano en la KGB. Ocupaba un apartamento bastante lujoso para una simple agente, sin autoridad dentro de la organización, pero acaso como prueba de reconocimiento del Gobierno a sus servicios en pro del mismo. Vivía sola en una zona céntrica de Moscú, y jamás imaginó ni remotamente que persona alguna fuese capaz de llegar hasta ella, pese a que carecía de medidas especiales de protección o seguridad. En la Unión Soviética, Anushka sabía que la seguridad era el propio Estado y las severas leyes para sus infractores.

Por ello, cuando el agua corría sobre su desnudez ligeramente

opulenta, y el chorro frío batía encima de sus firmes senos vibrantes, sintió un vivo sobresalto al oír las pisadas en las baldosas del cuarto, más allá de la cortina plástica de la ducha.

—¿Qué significa...? —comenzó, tomando con rapidez su toalla para cubrir sus formas empapadas, y lamentando no tener a su alcance su pistola automática—. ¿Hay alguien ahí?

—Sí, señorita Dovrin —dijo una voz apacible y casi divertida—. Lamento sorprenderla en tan íntima tarea...

Hablaba un ruso fluido y suave. Atónita, congestionada por la ira, Anushka asomó su rostro tras la cortina, enfrentándose al intruso que sonreía, sereno, empuñando una pistola con silenciador en su diestra. La estaba encañonando a ella.

—¿Quién es usted? —clamó Anushka, al contemplar las ropas de funcionario del Gobierno, con los emblemas del servicio de reparaciones de agua, gas y electricidad. Cualquiera hubiera dicho que era, efectivamente, un vulgar empleado de mantenimientos domésticos, con su vulgar chaqueta de lana gris y su pantalón arrugado, más la gorra con una estrella roja sobre sus cabellos negros y grasientos.

—¿Es que no lo imagina? —sonrió el visitante, apoyándose calmoso en una pared del cuarto de baño.

—¡Gunther Kohl! —jadeó Anushka, asombrada.

—El mismo —se inclinó, ceremonioso—. ¿Puede salir de ahí o está desnuda?

—Llevo una toalla... pero no es demasiado grande —se quejó la agente soviética con tono de ira—. ¿Cómo pudo llegar hasta aquí, maldito sea?

—No fue difícil —mostró sus ropas—. Con este aspecto, nadie se fijó en mí. Llevo un juego de ganzúas especiales que hacen maravillas con las puertas. ¿Le alcanzo la bata?

—Sí, por favor —encajó los labios Anushka Dovrin con gesto malhumorado—. Espero que me diga lo que pretende con este peligroso juego... Puedo hacerle matar por allanar mi domicilio.

—Me temo que no en estos momentos —rió el intruso—. He venido a verla por mi propia voluntad, pero no podía hacerlo pregonando mi identidad, compéndalo. Sus sabuesos andan revisando a los turistas con lupa por todo Moscú...

—Pero usted los ha burlado, ¿no? ¿Cómo lo hizo?

—Sencillamente, no soy un turista —dijo burlonamente Gunther.

—¿No lo es? ¿Cómo, entonces, pudo entrar en la Unión Soviética? —dudó ella.

—Fácilmente. Entré como un ciudadano soviético más, eso es todo.

—¡Imposible! —rechazó ella, recogiendo la bata que él le alargaba con su mano zurda—. Eso no puede ser en modo alguno. ¿Trata de burlarse de mí?

—En absoluto, señorita Dovrin.

—No me llame así. Suena a capitalista.

—Oh, perdone. ¿Prefiere que la llame *tovarich*?

—Sí, será mucho mejor —dijo secamente la rusa, saliendo de la ducha con la bata a medio anudar, mostrando la belleza de unas piernas esbeltas y bien formadas.

—Admirable —comentó Gunther.

—¿Qué es lo admirable? —Su cuerpo. Tiene unas piernas preciosas, camarada Anushka. ¿O el piropo también le suena capitalista?

—No diga tonterías. ¿A qué ha venido? ¿A secuestrarme... o a asesinarme, Kohl?

—Es usted terrible, créame. Sólo se le ocurren cosas siniestras, *tovarich*. Si usted no grita llamando la atención a sus compinches de la KGB para que su encantadora *Lubianka* me someta a un trato de favor, yo no usaré este arma, tiene mi palabra.

—¿Y qué espera de mí? ¿Qué le haga el juego?

—Posiblemente le interese.

—No lo creo. Le estamos buscando. Aunque me mate, le darán caza los míos.

—Es usted una mujer de ideas fijas —suspiró Gunther meneando la cabeza—. Lástima, con lo atractiva que es, habla como un barrigudo funcionario del Estado. Me hubiera gustado conocerla en otras circunstancias y lugar. En Cortina, por ejemplo, esquiando por la nieve. O tostándonos juntos al sol de Niza o de Mallorca. Pero ha tenido que ser en Moscú, de modo que aceptemos las cosas tal como son. De todos modos, admitirá que no puedo ser un enemigo suyo, cuando me presente así en Moscú.

—No hay nada que pruebe que es usted un amigo.

—Lo sé. Y todo, porque un tal Stowell, agente de la CIA que se

fingía funcionario diplomático americano en Moscú, le habló de mí.

—Entre otras cosas. ¿Conocía usted de algo a Stowell?

—Absolutamente de nada.

—Entonces, ¿cómo sabía él su nombre? ¿Qué quiso decirnos sobre usted?

—Lo ignoro por completo. Estoy tan intrigado como ustedes y como la propia CIA. Por eso desaparecí de Cortina y ocupé el puesto de un turista ruso a quien he hecho raptar por unos amigos, falseando sus documentos con otra fotografía y regresando a la Unión Soviética un falso ciudadano de Moscú. Era la manera más segura de entrar y no ser controlado fácilmente...

—Muy ingenioso. Debí pensar en ello. ¿Está bien nuestro compatriota secuestrado?

—Sin novedad alguna, se lo garantizo —sonrió Gunther—. Regresará sano y salvo de su país en cuanto yo salga de él, tiene mi palabra.

—Bien... —Los ojos de la rusa le miraron impacientes—. ¿Qué vino a decirme?

—Comprenderá que es largo y detallado. ¿Por qué no hablamos de ello en otro sitio que no sea el cuarto de baño?

—Tengo que ir a mi trabajo —ella se irguió, severa—. Si a la hora en punto no estoy en la KGB, enviarán a por mí y se pondrán alerta.

—Gracias por el informe. ¿A qué hora debe entrar en su oficina?

—A las ocho en punto. Faltan sólo veinticinco minutos para esa hora.

—Sí, ya lo veo —rápido, Gunther consultó su reloj—. Intentaré que haya tiempo suficiente para convencerla.

—¿Convencerme de qué?

—De que, por extraño que le parezca, no tengo la menor relación con Stowell, no sé nada de él ni de lo que había averiguado que pudiera tener relación conmigo, y llevo dos años largos sin mezclarme en asuntos de espionaje ni de seguridad del Estado. Por eso no entiendo absolutamente nada. Pero algo está claro.

—¿Qué, camarada Kohl?

—Que no me gusta verme acosado por la CIA y por la KGB a la vez. Son demasiado para un hombre solo, la verdad. Por tanto, si quiero librarme de ustedes y de ellos, debo hacer algo muy simple:

demostrar que no tengo nada que ver en el asunto.

—¿Cree que eso es tan simple?

—No, ya sé que no —resopló Gunther—. Pero lo estoy intentando. Por favor, ¿quiere contarme *todo*, sin omitir cosa alguna, de lo que sucedió ese día, al citarle Frankie Stowell en un café de Moscú?

—Si cree que servirá de algo... —Anushka se encogió de hombros, y pasando con él a la salita del apartamento, le indicó un asiento y comenzó a relatar los hechos, paseando por la estancia con aire pensativo.

El joven alemán escuchó el completo relato de la historia de la agente rusa. Consultó su reloj nuevamente al término del mismo. Faltaban solamente diez minutos para las ocho.

—Gracias —suspiró, poniéndose en pie—. Vístase y vaya pronto a su trabajo, camarada Anushka.

—¿Va a dejarme ir? —se extrañó ella.

—No tengo otro remedio —sonrió él—. Si no acude, sacudirán Moscú de arriba abajo en busca suya... y mía.

—Y sí acudo, me veo obligada a denunciar su ilegal permanencia y entrada en mi país. Será arrestado, sin duda.

—Sin duda. Pero quisiera pactar con ustedes.

—¿Pactar... qué?

—Verá, camarada. No entiendo nada de lo sucedido. Le juro que no sé quién era Stowell ni lo que sabía. La CIA ha confiado en mí momentáneamente, dándome un margen, un plazo prudencial. Claro que ahí tenía ventaja, porque tengo un agente amigo mío. Usted podría cooperar conmigo si tuviera fe en mí y creyera lo que le digo.

—No puedo. Es demasiado riesgo.

—Sé el riesgo que corre. No le pido que se comprometa por mí guardando un silencio que la haría responsable ante sus superiores. Simplemente, responda por mí, pídales a ellos un margen de confianza a mi favor. Será suficiente.

—Suficiente, ¿para qué?

—Para que yo descubra lo que está sucediendo... y le dé el informe completo en cuanto esté en mis manos, para demostrarle mi gratitud por su ayuda.

—Es una promesa muy aleatoria, Kohl. Nada me garantiza que

usted responda luego. En caso de fracaso, estaría perdida. Nunca perdonarían que yo respondiera por usted.

—En ese caso, será mejor que me entregue a sus amigos. —Kohl, inesperadamente, le tendió la pistola provista de silenciador, con un suspiro—. Esto facilitará su labor, y no tendrán que buscarme por todo Moscú. He perdido, y lo acepto.

Ella, pensativa, recogió el arma. La sopesó en su mano.

Miró fijamente a Kohl, que se estaba despegando su peluca, mostrando debajo los rubios cabellos germanos. Tras sus lentillas oscuras, sin duda brillarían unos ojos muy azules, pensó la rusa.

—Espere —le detuvo bruscamente ella—. No despegue su cabello falso. Creo que voy a hacer la mayor tontería de mi vida, Kohl.

—¿Cuál?

—Ayudarle en este disparate. Dígame lo que quiere hacer y el tiempo que cree que va a necesitar para saber algo concreto que yo pueda ofrecer a mis superiores...

—Debo viajar a los Estados Unidos —suspiró él—. Y comprobar algunas cosas que danzan en mi mente desde que supe los detalles iniciales del asunto en Cortina, a través de mi amigo, el hombre de la CIA. Usted, ahora, con su relato, me ha permitido confirmar algunos puntos. Pero puedo estar en un error y ser todo producto de simples casualidades o coincidencias. Digamos que en una semana podré decirle algo.

—Siete días —reflexionó ella. Le tendió el arma espontáneamente—. Está bien, Kohl. Informaré a mis superiores hoy mismo. Pero lograré que confíen en usted esos siete días. Si me falla, habrá dictado mi sentencia definitiva.

—Sé los métodos que se usan aquí —asintió Gunther gravemente—. Le doy mi palabra de que no la dejaré en la estacada. Gracias por todo, camarada Anushka.

—Suerte, Kohl. Y que todo salga bien... por el bien de ambos. Nuestras vidas valdrían muy poco si esto falla.

—¿Cree que necesita avisármelo? —rió el joven agente alemán con ironía, encaminándose a la salida del apartamento—. Hasta dentro de una semana, *tovarich*.

—Hasta dentro de una semana... o hasta nunca —suspiró ella—. Ni sé aún por qué confío de este modo en usted.

—Porque en el fondo es una buena chica —dijo alegremente Gunther—. Y porque conoce a la gente, estoy seguro.

Cerró tras de sí suavemente. Le oyó alejarse, silbando una canción popular rusa. Perpleja, movió la cabeza con aire de estupor e incredulidad.

—Ese hombre es increíble —musitó—. Increíble...

CAPÍTULO VI

LUZ EN EL CIELO

Aquel vuelo Londres-Nueva York, era uno de tantos que terminaban en el Aeropuerto Internacional J.

F. Kennedy.

El reactor de TWA se situó en su pista de aterrizaje, y los viajeros se encaminaron hacia la terminal de la Compañía, situada en el lado nordeste del recinto, dando su fachada a Rockaway Boulevard.

Pero uno de los viajeros de aquel vuelo, distaba mucho de ser una persona vulgar, mezclada entre tantas otras procedentes del viejo Continente. Su aspecto era el de un simple turista británico, con su gabardina Burberrys impecable, su paraguas y su maletín de ejecutivo. Pelirrojo, de patillas ligeramente largas, fuerte acento escocés y un emblema de un clan de Escocia, con el escudo de los *borderers* en su sujetador de corbata, era la viva imagen del ciudadano del Reino Unido en viaje turístico a los Estados Unidos.

Su pasaporte británico le señalaba como el ciudadano Dennis Thorpe, comerciante de tejidos de Edimburgo, y su ronco vozarrón tuvo la virtud de atraer sobre él la atención de los aduaneros y personal del aeropuerto neoyorquino de inmediato, provocando sonrisas irónicas.

Su equipaje estaba en perfecta regla, salvo por el hecho de llevar una botella de *scotch* de más y una libra de exceso de tabaco de pipa manufacturado en Escocia, por lo que debió pagar el exceso de franquicia correspondiente, ya que se negó en redondo a dejar en la aduana aquellos preciosos artículos de su tierra de origen.

Nadie, por supuesto, hubiese imaginado que el ruidoso y

pintoresco caballero escocés, pudiera ser realmente un joven ciudadano alemán, experto en disfraces y en idiomas extranjeros, que dos años atrás fuera el mejor agente en activo de la Inteligencia de Alemania Federal. El pasaporte era una maravilla de falsificación, y ningún miembro de los servicios federales del aeropuerto imaginó ni remotamente que un hombre muy buscado últimamente por los cuerpos de Inteligencia del Gobierno, acababa de entrar en los Estados Unidos sin que nadie lo sospechara.

Gunther Kohl estaba ya en Nueva York. Y llegaba allí dispuesto a confirmar una leve sospecha nacida en su mente tras saber por medio de su amigo Merrill, de la CIA, y de su nueva amiga y camarada soviética, Anushka Dovrin, de la KGB, los detalles de la extraña muerte de un hombre repentinamente enloquecido en las calles de Moscú.

Ahora, todo dependía de algo que tenía que buscar, apelando a su astucia y habilidad para tales trabajos. Sabía que buscaba algo y a alguien. Pero no tenía la menor idea sobre la naturaleza de ello ni sobre la identidad de la persona a quien debía de encontrar, si sus sospechas eran ciertas.

Disponía de seis días para ello. Seis días de plazo para cumplir la promesa hecha a una mujer en Moscú. No podía dejar a Anushka en la estacada, ahora que había confiado en él. Quiso conocer por sí misma el relato de lo ocurrido en Moscú el día que murió Stowell, y lo había conseguido. Ahora, tenía que devolver el favor a su colega moscovita.

* * *

El director técnico de la *Cibernetic Deustch Company* de Nueva York era un compatriota de Gunther, nacido en Baviera. Buen bebedor de cerveza y hombre saludable, su voluminosa humanidad se movía entre las computadoras de la empresa con una sorprendente facilidad que no sorprendía en nada a Kohl, conocedor de la vitalidad, energía y buen estado físico de aquel bávaro de pelo dorado ralo, rostro redondo y rubicundo, y picaros ojos azules.

Tras su aspecto de perfecto devorador de salchichas y campeón de ingestión de dorada y espumosa cerveza, asiduo de la inefable Hofbruhaus de Munich^[3], y seguidor entusiasta del Bayern de la

capital bávara, lo cierto es que Hans Dietter era uno de los hombres más expertos en computadoras del mundo, y que su actual trabajo en la filial neoyorquina de la empresa alemana de electrónica con sede en Frankfurt, era simple premio a su capacidad de trabajo y de experiencia en el mundo de las máquinas.

—Creo que tienes todo a punto —sonrió, cuando hubo programado una de las computadoras con una serie de datos e informes—. Pero no puedo garantizarte nada, Gunther.

—No importa. Si hay alguien en el mundo capaz de hacer hablar a una máquina casi con acento humano, ése eres tú, Hans.

—Exageras —bromeó el rubicundo bávaro sacudiendo su cabeza teutónica con aire apacible—. Pero aceptaré esos elogios por venir de un buen amigo... Siéntate ahí. Haré funcionar la computadora.

Pulsó una serie de teclas, y se iluminó una pantalla ante Gunther, que tomó asiento en una confortable butaca, con la mirada fija en aquella pantalla fluorescente donde comenzaron a aparecer líneas de letras verdes en movimiento, como en un télex magnético.

De momento, no hubo en todo ello nada de interés. Súbitamente, tras una serie de cifras y de guiños, la máquina proyectó en su pantalla visora unas palabras esperanzadoras:

COMPUTADOS ACONTECIMIENTOS ANORMALES DE PARECIDAS CARACTERISTICAS

Gunther pestañeó, excitado, inclinándose hacia adelante. Hans Dietter contemplaba a su vez la pantalla con el ceño fruncido, como preocupado por la posible decepción que su máquina pudiese proporcionarles.

La había programado anteriormente, suministrándole toda la información de sucesos producidos últimamente en el mundo, conforme lo publicado por periódicos, radio y televisión. Ahora, había que saber si la máquina descubriría en toda esa densa información, tras pasar por su memoria, puntos en común entre determinadas noticias que computase su cerebro electrónico.

Y ése parecía ser el resultado, cuando apareció inicialmente la noticia de la muerte violenta de un ciudadano americano, miembro diplomático, en Moscú. La noticia era hartó sabida por Gunther

Kohl, que se limitó a leerla, pensativo, en la pantalla.

Desapareció la noticia inmediatamente, quedando solo impreso en el ángulo inferior izquierdo de la pantalla su número de código, el 123. Rápidamente, comenzó otro texto sobre el monitor:

CATASTROFE INEXPLICABLE EN LA BASE AEREA NORTEAMERICANA DE WEST VIRGINIA. EL CAPITAN STUART BRANDON Y EL CORONEL HARRY SHARK, TRIPULANDO UN REACTOR DE LA FUERZA AEREA ESTRATEGICA, SE ESTRELLAN CONTRA LA TORRE DE CONTROL DE LA BASE, EN VUELO SUICIDA RASANTE. VARIAS VICTIMAS EN EL DESASTRE. GRAN RESERVA MILITAR Y OFICIAL SOBRE EL EXTRAÑO SUCESO. LA «CAJA NEGRA» DEL APARATO PARECE REVELAR UNA EXTRAÑA LOCURA DE LOS TRIPULANTES DEL AVION. QUE REIAN Y BROMEABAN AL ENFILAR SU APARATO CONTRA LA TORRE.

Esa noticia también desapareció, pasando su número de codificación, el 009, al mismo ángulo inferior izquierdo, junto al número anterior, separado por un guión. De inmediato, una tercera noticia saltó a la pantalla:

ABDULLAH HAKIM. PACIFISTA PALESTINO Y JURISTA INTERNACIONAL. DURANTE UNA VISITA A JERUSALEN PARA ENTREVISTARSE CON EL GOBIERNO ISRAELITA, PARECE ENLOQUECER DE SUBITO. MATANDO A QUINCE CI VILES JUDIOS CON UN EXPLOSIVO. FUERZAS DE SEGURIDAD ISRAELIES DISPARARON SOBRE EL AUTOR DEL ACTO TERRORISTA, QUE CONTO CON NUMEROSOS TESTIGOS.

La noticia, número 97, pasó a situarse con los demás en el ángulo cifrado. Luego, la pantalla permaneció sin textos. Era como si hubiese terminado la tarea de la máquina. Kohl se dispuso a ponerse en pie. Le detuvo la mano firme de su amigo bávaro.

—Espera aún —le pidió—. He programado la computadora para

que nos facilite, si le es posible, factores comunes a todas esas noticias. Sigue trabajando. Tal vez resulte algo.

Gunther frunció el ceño, asintiendo. Se acomodó de nuevo ante la pantalla. No tuvo que esperar mucho. De súbito, palabras sueltas comenzaron a asomar en la misma, alineándose bajo un epígrafe general:

FACTORES COMUNES A LAS TRES NOTICIAS

Y empezaron a saltar las verdes letras con rapidez:

LOCURA — AGRESION — IMPULSO SUICIDA —
POLITICOS — MILITARES — VIENTO — LUZ

Se inmovilizó ese extraño texto en la pantalla. Gunther soltó una imprecación. Cambió una mirada perpleja con el programador de computadoras.

—Entiendo las palabras iniciales, Hans —declaró excitado—. Hubo locura, agresión e impulso suicida en esos tres hechos computados por la máquina. Y son personajes políticos o militares sus protagonistas en todos los casos, pero ¿qué significan las palabras «viento» y «luz»?

—Lo ignoro. Por algo lo habrá computado la máquina. —Hans meneó la cabeza—. Podemos intentar que aclare algo más esos conceptos...

—Sí, te lo ruego —insistió Gunther, en tensión.

El bávaro se inclinó sobre los teclados y los hizo funcionar. La máquina se puso en movimiento de nuevo. Esta vez transcurrió algún tiempo, hasta que la pantalla se iluminó con frases coherentes:

EN TODAS LAS SITUACIONES COMPUTADAS SE DETECTO
LA PRESENCIA DE UN SUBITO VIENTO DE UNAS 70 MILLAS
POR HORA. VIENTO CALIDO. INCLUSO EN MOSCU, SEGUN LAS
NOTICIAS DE AGENCIA COMPUTADAS.

EN TODOS LOS CASOS, ALGUIEN VIO UNA LUZ

ANARANJADA EN EL CIELO, MOMENTOS ANTES O DESPUES DE
SUCEDER LOS HECHOS.

NO EXISTE INFORMACION PARA MAS DATOS.

Ahí terminó el texto de la computadora. Gunther, disparado, corrió a un teléfono mientras Hans apagaba la máquina. El joven agente alemán solicitó una llamada urgente a Moscú, a las oficinas de la KGB. Le informaron de que le avisarían en cuanto hubiese línea. Gunther sonrió, imaginando el resto. La centralita telefónica, antes de comunicarle con la URSS, informaría al FBI para que controlase tan insólita llamada.

—Tendré que irme deprisa de aquí —dijo gravemente, mirando a Hans Dietter—. ¿Podrás convencer a las autoridades federales de que tú pediste comunicación con Moscú?

—Claro. Tenemos relaciones comerciales con una empresa de electrónica de la capital soviética. Creo que no sospecharán nada si das mi nombre al llamar.

—Pero hablaré con la KGB...

—No importa —sonrió ampliamente el muniqués—. Tengo recursos para justificar una llamada a los servicios de inteligencia soviéticos. Ellos usan algunas de nuestras máquinas, importadas directamente desde Alemania Federal, ¿no lo sabías?

Gunther rió, aliviado.

—No, no lo sabía —confesó—. Procuraré mezclar asuntos electrónicos en mi charla, si ésta se produce. En cuanto haya hablado, intentaré evaporarme de aquí.

—Sé que lo conseguirás —afirmó Dietter riendo—. Tú siempre consigues lo que quieres, amigo mío.

Cinco minutos más tarde, sonaba el teléfono. Su comunicación con Moscú estaba efectuada. Gunther se puso al aparato, pidiendo en ruso por Anushka Dovrin. Segundos después, comunicaba con ella, tras dar el nombre de la compañía electrónica alemana y el de Hans Dietter luego. Confiaba en que la astuta agente rusa comprendiera el juego.

Lo comprendía muy bien, sin duda. Cuando se puso, su tono era de lo más normal:

—¿Señor Dietter? —Sonó su lejana voz—. ¿Qué asunto tiene que tratar con la KGB desde Nueva York? Esta llamada es algo insólita,

¿no le parece?

—En efecto, señorita Dovrin —asintió Kohl sonriendo—. Le llamo por causa de nuestra última entrega de computadoras hecha desde Frankfurt, ¿recuerda?

—No puedo olvidarlo, puesto que no hace mucho tiempo de eso —la voz de ella era cauta. Sin duda le había identificado ya la voz—. ¿Qué hay con ello?

—Recordará cuando hablamos de la nueva pantalla fluorescente de una de ellas, la relativa a la serie Gorki por ustedes solicitada... ¿Es cierto que hacía una luz anaranjada *después* o *antes* de funcionar? ¿Vio usted esa luz en algún momento?

Esperaba que tan complejo modo de pedirle datos sobre una luz naranja antes o después del suceso de la calle Gorki, fuese bien interpretado por la imaginación de la soviética. Tras un par de segundos, la respuesta llegó clara y precisa:

—Ahora que lo menciona, sí, señor Dietter. Vi esa luz anaranjada, pero duró sólo un momento, y la vi *después* de funcionar la computadora, no antes. Lo cierto es que no había vuelto a pensar en ello. ¿Cree que tiene importancia?

—Vamos a comprobarlo inmediatamente en otros modelos. Gracias por su informe, señorita Dovrin. Imagino que desconoce la exacta naturaleza del fenómeno...

—Por completo. Espero me tenga informada para resolver la posible avería.

—Así se hará, gracias —colgó Gunther, con mirada brillante de excitación. Se encaminó rápidamente a la salida, tras oprimir con calor un hombro de su amigo Dietter—. Adiós, Hans. Y gracias por todo. Me has sido de mucha ayuda...

—Lo celebro, Gunther. Cuando acabe todo esto, pásate por aquí. Te enseñaré un sitio en Nueva York donde se puede saborear la mejor cerveza alemana y unas estupendas salchichas. Además, la alemana que lo sirve tiene unos pechos para volverse loco y...

Dejó a su amigo muniquéis hablando de cerveza, salchichas y mujeres con la boca hecha agua, y desapareció rápidamente en medio del tráfico callejero, pero no sin tiempo para ver cómo dos coches oficiales se detenían rápidamente ante la puerta del edificio donde la firma alemana tenía su filial americana.

—Espero que Hans salga bien librado de ésta —musitó

fervorosamente, antes de bajar al metropolitano confundiendo con una riada de gente.

* * *

Lawrence Merrill, de la CIA, contempló el teléfono cuando comenzó a sonar. Era la línea especial privada cuyo número no figuraba en la guía de Nueva York y que nadie salvo él mismo controlaba. Había dado ese teléfono a Gunther Kohl en Cortina, antes de pactar con él para permitir su desaparición, a cambio de una colaboración estrecha en el futuro inmediato.

Había esperado esta llamada desde hacía varios días. Cuando descolgó, su rostro no reflejó sorpresa al oír la voz de Kohl al otro extremo del hilo:

—¿Lawrence Merrill? —preguntó la voz.

—Sí. ¿Quién llama?

—Kohl. ¿Va todo bien para tu amigo Keaton?

—Muy bien —sonrió Merrill—. ¿Y para el buen amigo de Cortina?

—También. Estuve en Moscú. Ahora estoy en Nueva York.

—Cielos... Eres increíble, Gunther. ¿Cómo lo haces?

—Te lo contaré algún día. He descubierto cosas.

—¿Qué cosas?

—La muerte de Stowell no es un hecho aislado. Hubo otros dementes injustificados. Un árabe llamado Abdullah Hakim, en Jerusalén, un coronel y un capitán de aviación en West Virginia...

—Recuerdo esos sucesos. —Merrill arrugó el ceño—. ¿Qué relación ves en todos ellos?

—Muchas. Pero especialmente, tres: locura, viento y luz.

—¿Locura, viento y luz? —repitió Merrill con ojos dilatados—. ¿Qué es eso?

—Tres factores comunes a todos ellos. Los protagonistas se volvieron locos. Mataron y murieron, en todos los casos, salvo Stowell, que no llegó a herir a nadie.

—¿Y eso del «viento y la luz»?

—Stowell fue mucho más claro de lo que imaginamos cuando habló con Anushka. Mencionó el viento, un meteoro, el cielo... una llamada fórmula Wartz... y mi nombre. Todavía la razón de dar mi

nombre sigue siendo un enigma. Pero sobre lo demás, tengo algunos posibles datos. Hubo un viento súbito y cálido en cada lugar donde ocurrieron esos sucesos, momentos antes y después de ocurrir. Un viento que no se registraba por los boletines meteorológicos. Era, por tanto, una ráfaga súbita, local. E iba unida a un acceso demencial. Luego, era visible una luz anaranjada en el cielo, una especie de meteoro fugaz...

—Eso no tiene sentido alguno, Gunther.

—Tal vez no. Pero tengo una teoría sobre esos hechos.

—¿Cuál, amigo mío?

—Es posible que un meteoro auténtico, una nave, un avión o como quieras llamarle, produzca ese viento cálido, que en un Moscú nevado no tiene gran sentido. Y que ese objeto volador despidе una luz anaranjada fácilmente visible, porque tiene que volar a baja altura, aunque no resulte detectado por el radar, por motivos que ignoro. Con ese viento cálido, desprende «algo» que provoca la locura en la persona afectada.

—Eso suena a fantasía de ciencia-ficción. Gunther.

—El mundo entero que ahora nos rodea, es pura ciencia-ficción, Merrill, y no nos sorprendemos de ello: satélites artificiales, computadoras del tamaño de una lenteja, televisores miniaturizados, viajes al espacio... ¿Te extrañas de algo así? Un arma semejante, utilizada en grandes cantidades, podría enloquecer a ejércitos o pueblos enteros con un mínimo esfuerzo, pudiendo ganar guerras fácilmente quienes tuvieran tal medio en su poder, o consiguiendo invasiones rápidas de países ajenos. Sería un arma de poder incalculable, sobre todo en manos poco honestas.

—Supongamos que tu fantástica teoría tiene alguna posibilidad: ¿qué significa eso de «fórmula Wartz» y tu nombre mezclado en ello?

—Lo de mi nombre, sigue siendo para mí un completo misterio, Merrill. Pero he encontrado en mis averiguaciones el nombre de Franz Wartz, un científico austriaco desaparecido sin dejar rastro hace cosa de dos años. ¿Sabes en qué se especializaba ese científico? En estudios psicometales y en la posible alteración de las células cerebrales humanas mediante procedimientos bioquímicos. Interesante, ¿no?

—De modo que ese tal Wartz podría ser el inventor de... de ese

viento, meteoro o lo que sea...

—Más que eso. Yo no creo que el viento, por sí solo, vuelva loco a nadie. Ese viento puede ser el medio de proyectar cierta sustancia que altere el funcionamiento cerebral de los afectados, al ser lanzada desde la nave, meteoro o cápsula portadora.

—Casi logras darle verosimilitud al caso, pero ¿por qué sólo enloquece a uno o dos, y deja a los restantes completamente normales, si es en la misma zona donde cae la supuesta sustancia?

—Eso está aún por aclarar. Es posible que hayan utilizado dosis muy escasas, como simple prueba o ensayo de algo a mayor escala que esté preparándose. Pero sí es así, he llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Que el sistema debe utilizarse con un manejo a cierta distancia, por control remoto del mecanismo difusor de esa sustancia enloquecedora. Pero un lugar distante de sitios como Moscú, Jerusalén o West Virginia, resulta demasiado fantástico. Haría falta contar con medios gigantescos para fletar naves o cápsulas capaces de ir tan lejos sin tripular y movidas por radio.

—¿Entonces...?

—Existe un medio más simple: tener en el lugar preciso, a la hora adecuada, a la persona que manipula el meteoro de la locura. A escasa distancia, por tanto, mediante un control remoto de fácil manejo, pudo ser movido el portador del viento demencial, tanto en Moscú como en los demás lugares.

—¿De qué modo podría haber allí una persona con un control remoto sin ser detectada?

—En West Virginia sería más sencillo, por tratarse de una base militar situada en una zona rodeada de campiña, Pero en Moscú y Jerusalén haría falta alguien, quizás la misma persona, manipulando ese control remoto que tampoco sería detectable por las autoridades locales, tal vez por una frecuencia especialísima y estar compuesto de materiales no metálicos. Esa persona podría ser... un turista.

—¡Un turista!

—Sí. Siempre el mismo. Un turista aparentemente inofensivo, en Moscú y en Jerusalén, en las cercanías de la base de West Virginia... y quizás en otro futuro golpe. Esa persona es la que estoy buscando, Merrill.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Claro que puedes. Trata de averiguar mediante todos tus recursos, qué persona estaba como turista en Israel y en la URSS en las fechas y momentos de ambos sucesos, y si pudo estar aquí, en los Estados Unidos, cuando el coronel Shark estrelló su avión contra la torre de control. Tiene que haber una sola capaz de todas esas maniobras, estoy seguro. Este asunto se está llevando entre muy poca gente, o los servicios de información de cualquier país lo hubiera detectado ya.

—¿Adónde puedo enviarte esa información, si la consigo?

—Estoy en tu país con nombre supuesto, naturalmente. Pero será preferible que te llame otra vez, o bien me llames tú, a cierta cabina telefónica pública, desde donde te estoy llamando ahora. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en saber quién visitaba como turista esos países en el momento de tener lugar los hechos?

—No lo sé. Digamos que... veinticuatro horas. ¿Suficiente, Gunther?

—Perfecto. Mañana, a esta misma hora, llama a este número —le dio el del teléfono de la cabina desde donde llamaba—. Estaré esperando, no lo dudes. Hasta entonces, Merrill.

—Hasta entonces, Gunther —suspiró su amigo de la CIA—. Y ojalá tengas razón y podamos llegar a tiempo de impedir un desastre a escala mundial.

—Sí. Me temo que quien posee un arma así, ha demostrado ya sobradamente a un futuro comprador, las excelencias de su descubrimiento. Eso es lo que me preocupa...

Gunther Kohl colgó. El rostro de su amigo Lawrence Merrill estaba también ensombrecido cuando concluyó la conversación. La preocupación era compartida por el agente de la CIA en estos momentos.

CAPÍTULO VII

VIOLENCIA

Gunther Kohl no pudo preverlo a tiempo.

Siempre se comete un error en algún momento de la vida de uno, por muy hábil que se sea, y el joven alemán supo que su mayor error, en esta ocasión, había sido no actuar con más cautela para evitar ser visto por alguien que pudiera reconocerle, pese a su aparente aire de turista escocés.

Abandonaba el Hotel Knickerbocker, en Broadway, cuando se tropezó con la persona que menos hubiera deseado ver en esos momentos, pese a la indudable belleza de la misma.

—Oh, perdón... —se excusó en su correcto escocés, momentos antes de alzar los ojos y verse cara a cara con la persona con quien tropezaba involuntariamente en el vestíbulo del hotel.

Era una mujer lo bastante seductora como para no haberla olvidado fácilmente. Y lo peor de ella es que era una fisonomista fabulosa, a juzgar por la exclamación que lanzó, apenas hubo fijado sus ojos en él.

—¡Gunther Kohl! —exclamó—. ¡Usted! ¿Qué hace con ese disfraz?

Apurado, Kohl miró en torno, temiendo que la exclamación de la joven hubiera sido oída en alguna parte del hotel. Advirtió que todo el mundo estaba lo bastante alejado de ellos como para no haber captado la voz de Debbie Ingram.

Porque de ella se trataba. La joven inglesita de Cortina, la muchacha herida de bala en el descenso del repecho nevado, acaso por una bala que iba dirigida a él y no a ella.

—Por favor, Debbie, venga conmigo —suplicó, tomándola de un brazo y atrayéndola hacia un rincón del vestíbulo, todavía más alejado del resto de huéspedes y empleados del Knickerbocker, para continuar expresándose en tono confidencial—: Le ruego que no repita eso en voz alta. No sé cómo diablos ha podido ser tan sagaz para descubrir mi identidad con este aspecto, pero se trata de un asunto serio y debo permanecer aquí sin ser identificado por nadie con mi verdadero nombre, ¿comprende?

—Creo que sí —los verdes ojos de la muchacha se fijaron en él con una mezcla de estupor e incredulidad—. Lo cierto es que soy una buena fisonomista. Pero le recordaba a usted demasiado bien para no reconocerle aun con ese pelo, esas lentillas y esas ropas... No dejé de pensar en usted desde que desapareció de Cortina como si se lo hubiera tragado la nieve...

—Le explicaré eso en otro momento —sonrió Gunther, con alivio—. ¿Cómo va su brazo?

—Bastante bien —mostró su brazo izquierdo, ligeramente inmovilizado aún—. Supongo que el ir con ese disfraz no significa que esté trabajando en un reportaje gráfico, precisamente.

—No, claro que no —rió Gunther de buena gana—. Creo que le mencioné entonces mi otro oficio, ¿no?

—El trabajo para su Gobierno, ¿verdad? —La pelirroja inglesa sonrió deliciosamente—. Qué gran casualidad, encontrarnos los dos en Nueva York, tan lejos de Cortina y de su propio país y el mío...

—Sí, una gran casualidad, es cierto. —Gunther Kohl la miró pensativo—. Supongo que usted sí será simplemente escritora, ¿no, Debbie?

—¿Cree que le estoy siguiendo, tal vez? —Se ofendió ella, enarcando las cejas.

—No, no es eso. Sé que le hubiera sido imposible hacerlo.

He estado en demasiados sitios y con nombres distintos como para dejar un fácil rastro.

—Cualquiera en este hotel podrá decirle que Debbie Ingram acostumbra a alojarse en el Knickerbocker desde hace tiempo, siempre que pone su pie en Nueva York. Lo cierto es que es un establecimiento muy preferido por nosotros, los europeos. Lo cual hace menos inverosímil nuestro encuentro de hoy... ¿Puedo saber cuál es su identidad aquí?

—Dennis Thorpe, ciudadano escocés —dijo gravemente Kohl, sintiéndose casi ridículo bajo la mirada chispeante e irónica de la joven escritora inglesa—. Y yo que pensé que era un buen disfraz...

—No es malo. Su pelo rojo, su barbita, sus patillas, su rostro colorado, sus ojos de diferente color... —Debbie suspiró—. Creo que le hubiera reconocido aun caracterizado de zulú.

—¿Tan buena fisonomista es?

—Muy buena. Pero con usted es diferente —le sonrió antes de decir con ingenua franqueza—: Después de todo, me he enamorado de usted, ¿no se ha dado cuenta, Gunther?

Por vez primera en muchos años, Kohl enrojeció hasta la raíz de sus cabellos, sin saber qué responder.

* * *

Consultó su reloj.

Eran las cinco en punto de la tarde. La misma hora en que llamara el día antes a su viejo camarada de la CIA. Clavó sus ojos en la cabina telefónica situada en el chaflán de las calles Pell y Mott, en Chinatown, el pintoresco barrio chino de Nueva York, la ciudad oriental y multicolor encerrada dentro de la urbe gris de los rascacielos, y delimitada por el Bowery y Center Street.

Era una de aquellas bellas y tradicionales cabinas de esmalte rojo y techo de pagoda, donde la palabra «teléfono» estaba suplida por los caracteres chinos correspondientes. Muchos turistas se dedicaban habitualmente a captar con sus cámaras esas pintorescas notas de tipismo chino de la ciudad de los orientales neoyorquinos.

Ésta era la cabina desde donde tenía que llamar a Merrill, a menos que sonara el teléfono y fuese la llamada del agente de la CIA para él. Estaba esperando ese momento.

Miró en torno suyo, precavido. La presencia de innumerables chinos de ambos sexos, ataviados con sus ropas tradicionales, indiferentes a todo y a todos, en mescolanza curiosa con turistas, ciudadanos de Nueva York y razas de todo tipo, no parecía resultar particularmente sospechosa. Cerca de él, una furgoneta de una lavandería, descargaba cestos de ropa sucia de algunos hoteles próximos, y un apergaminado chino de pequeña estatura repartía voces chillonas en otra esquina, mientras otros orientales a su

servicio se ocupaban de limpiar los rótulos, escaparates y puertas de un restaurante cantonés situado junto a una vieja tienda de antigüedades de jade y marfil.

Gunther Kohl, súbitamente, se puso rígido. El teléfono acababa de sonar. Una joven china, vestida a la moda occidental y portando una cartera de piel, se detuvo un instante, vacilando junto a la cabina, al oír la llamada. Rápido, Gunther cruzó la calzada, sonrió a la joven oriental y se metió en el teléfono, descolgándolo con rapidez. De soslayo, observó que la muchacha se alejaba, encogiéndose de hombros, en dirección a la parada del autobús.

—Kohl —dijo secamente al teléfono—. ¿Merrill?

—Sí —respondió la voz inconfundible de su amigo—. ¿Todo bien ahí?

—Todo bien, sí... —Se miró sus ropas arrugadas, su pelo rizado y crespo, su sucio tejano y sus manos ensortijadas y sonrió—. Llevo un aspecto diferente al de ayer. No creo que nadie me relacione con la persona que ocupó este teléfono a la misma hora... ¿Alguna novedad respecto al turista que buscamos?

—Sí. Hay un nombre que coincide en Jerusalén y en Moscú, en las fechas indicadas, que estaba, al parecer, en los Estados Unidos, cuando lo de West Virginia.

—Vaya, eso puede resultar. ¿Qué nombre es ése? —Gunther se dispuso a anotarlo en una agenda, seguro de que cada vez se aproximaba más a la clave del asunto.

—Toma buena nota. Te daré varios datos al respecto —la voz de Merrill se aclaró tras un breve carraspeo—. Es posible que te dé una sorpresa, porque sé que tuviste una cierta amistad en Cortina cuando nos encontramos... La persona que estuvo en Moscú, Jerusalén y los Estados Unidos en las fechas concretas, como turista, se llamaba... *Deborah Ingram*, y es escritora de libros, de nacionalidad inglesa...

Gunther sufrió un sobresalto al oír ese nombre. Y era el primero de una serie de ellos, bastante más violentos.

Porque de repente, con el rabillo del ojo, descubrió que tres de los cargadores de cestos de ropa de la furgoneta china de la lavandería, habían dejado su tarea para encaminarse con paso firme y rápido hacia la cabina telefónica en forma de pagoda.

De debajo de sus rugosas ropas orientales, estaban extrayendo

pistolas automáticas con silenciador. Y sus almendrados ojos estaban fijos en él...

* * *

—¡Me atacan, Merrill! —gritó roncamente Kohl—. Te llamaré en otra ocasión... si vivo para contarlo.

—¡Gunther! —clamó la voz de Merrill en el auricular—. ¿Qué ocurre?

Colgó bruscamente. Se encaró con los tres orientales armados. En aquellas pupilas oblicuas, leyó una intención claramente homicida. Las armas de fuego se alzaban lentamente, con el mayor disimulo posible para que ningún viandante observase nada anormal.

Iban a matarle y lo sabía. Aquéllos eran tres asesinos natos, eso podía notarse sin demasiado esfuerzo. Y sus instrucciones debían ser escuetas. No se trataba de ningún intento de secuestro, eso bien lo intuía Gunther Kohl al verles venir hacia él con el frío ademán del profesional bien pagado que conoce su oficio. Era una ejecución a sangre fría, sin más.

Pero él no estaba dispuesto a ser una víctima propiciatoria e indefensa, ante las armas mercenarias de agentes enemigos, pagados por sólo Dios sabía quién.

Rápidamente, salió de la angosta cabina, que podía ser un cepo mortal irremisible, si permanecía en ella un solo segundo más. Apenas pisó la acera, fuera de la estrecha estructura roja de tejadillo de pagoda en miniatura, los chinos dirigieron sus armas hacia él, sin cruzar una palabra.

Los tubos silenciadores, unidos al bullicio propio de los barrios orientales, no iban a crearles problemas en absoluto. Pero Gunther también tenía sus medios de defensa y ataque, y siempre estaba dispuesto a utilizarlos cuando estaba embarcado en una misión como aquélla, dura y peligrosa desde un principio.

De su mano zurda, que llevara con rapidez a sus ropas de vagabundo con aire *hippy*, escapó algo que fue a chocar sordamente ante los pies de los tres orientales. Hubo un crujido seco en el asfalto, y un repentino vaho verdoso escapó del quebrado recipiente, envolviendo a los pistoleros de facciones amarillas.

Hubo una sarta de juramentos, mientras sus dedos se crispaban en los gatillos. La mano diestra de Gunther, simultáneamente, apretaba a su vez el gatillo de un arma también escondida bajo su sucio blusón raído, al tiempo que se arrojaba al suelo con una pirueta acrobática.

La calle se llenó de estampidos ahogados, como taponazos de botellas descorchadas. Llamas delgadas brotaron de las armas silenciosas. Humo acre y hedor a pólvora flotó en las calles de Chinatown. Algunos peatones de facciones oblicuas se dispersaron, lanzando gritos estridentes, al captar la existencia de un tiroteo, por muy silente que éste resultara. El hombrecillo rugoso del restaurante cantonés se arrojó prestamente dentro de su local gritando algo en su lengua, y uno de sus empleados rodó por la acera, derribando su escalera plegable.

El disparo preciso de Kohl alcanzó a uno de sus enemigos. El chino gritó roncamente, agitándose convulso, y rodando luego por el asfalto, mientras varios proyectiles zumbaban en torno de su cuerpo en constante movimiento, dando volteretas por la acera. Una mujer de pelo lacado y ojos almendrados, que salía de un supermercado con una bolsa de papel repleta de productos, chilló, asustada, desplomándose desmayada, y rodando fruta, bolsas de té y saquitos de arroz por la acera.

Los dos pistoleros supervivientes cambiaron rápidas palabras y se precipitaron hacia Gunther, dispuestos a terminar prestamente su tarea. Ambos dispararon de nuevo, encañonando a Gunther.

Éste no vaciló lo más mínimo, sabiendo que su vida dependía de la celeridad con que reaccionase frente a la amenaza doble de sus agresores. Y dando otro salto inverosímil, logró caer tras una boca de riego, haciendo fuego a la vez por dos veces.

Su precisión con las armas y su sangre fría le salvaron de nuevo de lo peor. La bala inicial se clavó en el cráneo de uno de sus atacantes, que tuvo el tiempo justo de exhalar un gemido ronco, llevarse las manos a la frente perforada, y cayó de espaldas, con la sangre corriendo entre sus dedos convulsos.

El segundo adversario logró disparar, y Gunther notó en su propia carne la mordedura áspera y caliente del proyectil, en algún punto de su torso. Pero aun así, vio cómo su bala se llevaba por delante el arma de su enemigo, junto con dos de sus dedos,

convertidos repentinamente en astillas sanguinolentas.

Aulló el chino herido, contemplando con ojos desorbitados por el dolor y el odio a su presunta víctima, que también se encogía con la sangre corriendo por su blusón, y luego, sin pensarlo más, echó a correr hacia la furgoneta, y sin cerrar siquiera las puertas traseras, derribó de un empujón a dos asombrados trabajadores de su misma raza, saltó al volante y puso el vehículo en marcha, lanzándose vertiginosamente calle adelante.

Con los ojos ligeramente nublados por el dolor de su herida, que Gunther creyó localizar en su costado izquierdo, bastante exterior y no demasiado profunda, el joven agente alemán vio venir hacia él, aunque sin posibilidad de darle alcance, dada su situación en la acera, entre la cabina telefónica y la boca de riego, a la furgoneta robada, que iba rozando con sus neumáticos el bordillo mismo de la acera.

Una repentina luz, un destello de astucia y de osada resolución, cruzó la algo entorpecida mente de Kohl, sacándole de su marasmo. Y sin vacilar lo más mínimo, cuando la furgoneta, todavía iniciando su marcha rápida, pero sin haber acelerado a fondo, brincaba cerca de él, golpeando el bordillo, pasaba a su lado, le bastó alargar los brazos, tras guardar su arma, y aferrar con ambas manos los bordes de una portezuela trasera del vehículo. El coche aceleró más, y Gunther se vio arrastrado por su impulso, durante cosa de veinte yardas. Por fortuna para él, encogió a tiempo sus piernas, evitando ser arrastrado por más distancia, y con un fuerte impulso de sus músculos y nervios, aun a costa de un vivísimo dolor lacerante que parecía restallar en su cerebro de forma angustiosa, pudo auparse, saltando el borde de la portezuela, y rodando al interior de la furgoneta, mientras ésta aceleraba más y más, salvando a otros vehículos con los que se cruzaba, o dando brincos por aceras y obstáculos. Tal vez todo eso impidió que su conductor se diera cuenta exacta de que llevaba detrás a un intruso montado en el vehículo, rodando entre cestos de ropa y pilas de sábanas y manteles sucios.

Se encogió en un rincón del compartimento de carga, rasgando un mantel relativamente limpio para vendar con fuerza su cadera herida, tras taponar el orificio fuertemente, para impedir que siguiera la hemorragia. No evitó el dolor, pero sí se sintió más

fuerte con la presión de los improvisados vendajes sobre la herida, y respiró hondo, palpando el arma que conservaba bajo su blusón de falso *hippy*. Disfraz que de bien poco le había servido, de cara a los pistoleros chinos.

Recordó las palabras reveladoras de su amigo Merrill por el teléfono: «Ese turista se llamaba... Deborah Ingram, y es escritora de libros, de nacionalidad inglesa...».

La bella pelirroja de Cortina; Debbie, la muchacha de los ojos verdes, herida por un disparo de bala en la nieve... Tal vez una bala dirigida a él, y que ella recibió por error. Su reciente encuentro en el hotel neoyorquino... Una casualidad demasiado grande, que debió hacerle sospechar. Y después, su localización en Chinatown, frente al teléfono, por los pistoleros de raza china. Ahora, todo eso tenía cierto sentido. Debbie era el enemigo. O parte de él, cuando menos. Lamentó haber confiado ciegamente en la inocencia de la viajera inglesa.

La furgoneta no viajó demasiado. Súbitamente, el chino la introdujo con rapidez en un pasaje sin salida, de muros de ladrillo, y viró, penetrando en una especie de almacén que servía para apilar cajas de mercancías procedentes de

Hong-Kong,

casi todas ellas compuestas, según los rótulos en los cartonajes, de latas de conservas. Al fondo, un automóvil color café metalizado, con matrícula del Empire State. —Estado de Nueva York, por tanto —, aparecía aparcado tras las pilas de cajas de mercancías.

El chino saltó, jadeante, hacia el vehículo que allí aguardaba. Gunther le oyó caminar con rapidez hacia el coche. Se deslizó hacia la puerta abierta de la furgoneta y esperó, mientras el coche se ponía en marcha, aproximándose a la salida. Era obvio que el pistolero había previsto cualquier posible fracaso del intento, teniendo a punto su escapatoria de modo que no fuese fácil dar con él.

Gunther esperó agazapado al borde de la furgoneta. El coche rodó despacio, pasando junto a él. El joven alemán tuvo el tiempo justo de deslizarse fuera, situándose sobre el techo del automóvil sin golpearlo. Era un vehículo de modelo largo, y tendido allí pareció pasar, al menos momentáneamente, desapercibido para el conductor del mismo, que empuñaba dificultosamente el volante,

con una sola mano, mientras la otra goteaba sangre en abundancia.

Aunque estaba oscureciendo, Gunther pensó que iba a ser difícil que el coche no fuese abordado por la policía de tráfico, yendo un hombre tendido sobre el techo del mismo. Pero por fortuna, este nuevo vehículo no constituía sino una nueva treta del chino, que se limitó a conducir por unas callejuelas de Chinatown, hasta volver a penetrar con su nuevo vehículo en otro recinto cerrado, esta vez un amplio garaje subterráneo, sin vigilancia aparente.

Otro cambio de coche iba a producirse, sin duda, y Gunther temía ser descubierto antes de que el chino se encaminara a algún escondrijo que le permitiera descubrir sus contactos o relaciones con otras personas.

Sin embargo, no fue así. Salió del coche, envuelta su mano herida en una gamuza de limpieza, y caminó presuroso hacia el fondo de aquel garaje donde se alineaban diversos vehículos.

Llegó ante una puerta metálica, sobre la que golpeó con los nudillos repetidamente. Gunther, agazapado tras el coche, contó tres llamadas rápidas, tres lentas y otras tres rápidas. El chino entró cuando abrieron la puerta metálica, que se cerró de nuevo tras ellos.

Gunther permaneció agazapado entre los coches allí aparcados, preguntándose qué podía hacer ahora. Había vislumbrado por un momento un rayo de luz eléctrica tras aquella puerta. Y al menos tres siluetas recortándose en el interior contra esa luz.

Demasiados adversarios para él solo. No podía avisar a la policía metropolitana, porque podían echarlo todo a rodar. Decidió esperar acontecimientos, esperando que no se demorasen demasiado.

Así ocurrió. Minutos más tarde, no mucho más de un cuarto de hora, la puerta metálica se abrió de nuevo. Reapareció el chino herido, esta vez con su mano vendada fuertemente, y llevando consigo un fusil automático. Con él iba otro chino vestido impecablemente con un traje gris cruzado, y sombrero flexible de igual color. Se encaminaron al coche color café metalizado, subieron a él y lo pusieron en marcha.

Gunther dudó. Podía intentar seguirles, o penetrar en aquel escondrijo y averiguar quién más quedaba allí. Optó por esta última decisión, al pensar que aquellos dos tipos tenían todo el aspecto de ser simples esbirros de alguien más importante.

Dejó que se marcharan. Esperó cosa de dos minutos. Luego, se aproximó pistola en mano a la puerta metálica. Con su mano zurda, empezó a golpear los nudillos en el metal. Tres golpes rápidos, tres lentos, tres rápidos de nuevo. Esperó.

Sonó un cerrojo dentro. La hoja de hierro comenzó a abrirse de nuevo. Una voz inquirió con cierta aspereza, en inglés correcto:

—¿Y qué diablos ocurre ahora, Wang? ¿Se os ha olvidado algo...?

Gunther no le dejó seguir. Cargó contra la puerta, empujándola del todo, penetró de un salto dentro del recinto, alumbrado por una bombilla colgada del techo, y con fuerte olor a lubricantes y gasolina. Un hombre juró, cayendo atrás, golpeado por la puerta, y otro se puso en pie de un salto, derribando dinero y naipes y una pequeña mesa donde se jugaba una partida de cartas. Llevó con rapidez su mano a la axila derecha, pero Gunther hizo dos disparos con su arma silenciosa, inmovilizándoles en el acto. Ambos tipos alzaron sus brazos ostensiblemente, en señal de rendición. Los dos eran occidentales.

—¿Qué infiernos significa esto? —bramó el de la mesa—. ¿Quién es usted?

—Un visitante de cumplido —rió Gunther secamente. Encañonó a ambos, manteniendo su dedo curvado en el gatillo—. Vamos, pónganse ahí, de cara a la pared, y con las manos apoyadas en el muro, bien a la vista, amigos. Al menor truquito, os vuelo la cabeza.

Le obedecieron. Gunther fue hasta ellos y les despojó de dos revólveres y sendas navajas automáticas. Se apartó, clavando sus ojos en una mujer amordazada, que yacía al fondo de la estancia, tumbada sobre una litera.

Era una mujer joven, muy rubia y de grandes ojos claros. Tenía sus piernas y manos bien ligadas. Le contemplaba con una mezcla de sorpresa y esperanza.

Fue hacia ella. La despojó de la mordaza, sin dejar de encañonar a los otros.

—¿Quién es usted, señorita? —preguntó suavemente.

—Herta Wartz, la hija del doctor Wartz —dijo ella, respirando fuertemente para tomar aliento—. Mi padre ha descubierto un medio de volver loca a la gente a distancia, y hay quien quiere venderlo al mejor postor.

CAPÍTULO VIII

EL ARMA DE LA LOCURA

Gunther Kohl y la joven se miraron largamente.

Los dos hombres estaban bien atados y amordazados ahora, en lugar de su cautiva, y el alemán se había despojado de su peluca y postizos de *hippy*, para mostrar a la muchacha su verdadero aspecto.

—¿Dónde está su padre ahora? —quiso saber Gunther, más tranquilo.

—Lo ignoro. Nadie conoce su paradero desde hace tiempo. Creo que está en poder de la organización criminal que se apoderó de su fórmula, en un abuso de su buena fe habitual.

—¿Cómo llegaron a saber que el doctor Wartz había encontrado algo parecido?

—Tampoco lo sé. Mi padre me telefoneó el día de desaparecer, indicándome que tenía que verme por algo muy importante, quizás trascendental para el mundo y su futuro, y que había averiguado algo que podía ser gravísimo para todos. Ésa fue la última vez que oí su voz. Desapareció sin dejar rastro alguno de su paradero actual.

—Y con él, seguramente, desapareció también su fórmula...

—En efecto. Eso era, evidentemente, lo que ellos buscaban. ¿Usted sabía algo de ello también? —Le miró con desconfianza y extrañeza.

—Lo he sabido recientemente. Y creo saber en qué consiste el hallazgo de su padre.

—¿De veras lo sabe?

—Sí. Un ingenio capaz de proyectar una sustancia enloquecedora a distancia, desde algún vehículo aéreo. Un viento

súbito que dispersa la locura. ¿Me equivoco?

—No se equivoca —suspiró ella—. Mi padre encontró algo que altera la conducta humana, enloqueciendo a las personas. Se asustó de su hallazgo, pero pensó que podía ser encauzado adecuadamente, para controlar delincuentes y enemigos peligrosos, ya que esa locura dura solamente unos minutos.

—Suficientes para provocar verdaderas catástrofes, sin embargo. ¿Su padre trabajaba sólo en esa fórmula?

—No. Su ayudante era alguien que también está cautivo de la organización criminal y con quien he estado cautiva durante algún tiempo, antes de ser trasladada a este lugar hace pocos días.

—¿De veras? —Se sobresaltó Gunther—. ¿Quién era ese hombre y dónde está?

—Su nombre es profesor Johan Kramer, alemán. Experto en electrónica y sistemas de comunicación. Con él experimentó la forma de proyectar esa sustancia demencial a determinados puntos, desde una base aérea que puede ser un vulgar helicóptero, en forma de pequeñas cápsulas o meteoros que, una vez sobre el blanco elegido, proyectan unas ráfagas de aire capaces de portar los gérmenes de la locura momentánea...

—Entiendo —asintió Kohl lentamente—. El profesor Kramer... Ahora sé por qué un hombre en Moscú mencionó mi nombre, relacionándolo de alguna forma con el viento demencial...

—¿Su nombre? ¿Por qué? ¿Qué tiene usted que ver con el profesor Kramer?

—Es compatriota mío. Y también amigo —suspiró Gunther—. Un viejo amigo de mi padre, un hombre a quien estimo y admiro mucho... Trabajaba en hallar un sistema de vuelo que impidiese que cualquier radar o detector captase el vuelo del vehículo aéreo...

—Y lo consiguió —musitó Herta Wartz lentamente—. Lo consiguió, es cierto. De ese modo podían enviar el viento demencial a cualquier parte del mundo sin ser apercibidos... ¿Quién es usted, que tanto sabe de todo esto?

—Gunther Kohl, agente del Servicio Secreto de Alemania Federal, señorita Wartz. ¿No sabe dónde está ahora el profesor Kramer?

—Creo que sí. Si sigue donde estaba antes, y donde compartía su cautiverio, podría conducirlo allí ahora mismo. ¿Cree que debemos

ir?

—Por supuesto —asintió Gunther—. Y sin perder un solo instante, si queremos impedir que su vida corra peligro mortal...

* * *

El automóvil volaba vertiginosamente carretera adelante. La ciudad de Nueva York había quedado atrás definitivamente, y devoraban el asfalto, en dirección a Albany, al norte del Estado.

—¿Está segura del emplazamiento de esa madriguera de la organización? —preguntó Kohl, aferrado al volante, llevando a su lado a la joven austríaca.

—Sí, por completo. Es obvio que no pensaban liberarme ni, tal vez, dejarme con vida. Al trasladarme del encierro, no tomaron las mínimas precauciones para que ignorase el emplazamiento del lugar ni su naturaleza. Ya le he dicho que es una barcaza en el Hudson, aparentemente destinada a la pesca fluvial. Si se registra a fondo, no se halla nada en ella. Pero bajo su quilla se encuentra un viejo sumergible en desuso, habilitado para madriguera, con un conducto con el exterior que les provee de aire respirable. Allí está cautivo el profesor Kramer. Y allí estaban la mayoría de miembros de la organización criminal que ahora controla la fórmula de mi padre.

—¿Está segura de que su padre no se encuentra a bordo? —preguntó Kohl, ceñudo.

—Segura, sí. Al menos, nunca estuvo allí mientras yo me encontraba cautiva —bajó la cabeza, y Gunther, de soslayo, observó que corrían silenciosas lágrimas por sus mejillas—. En el fondo, estoy convencida de que ya no existe hace tiempo. Temo que le hayan asesinado, una vez obtenido el secreto del viento demencial.

—No desespere, señorita Wartz. Aún quedan esperanzas. Veremos lo que nos puede decir mi viejo amigo, el profesor Kramer...

—Entonces no podía decir gran cosa. Le tenían drogado día y noche.

—Entiendo. ¿Los miembros de esa banda son todos occidentales?

—Sí, todos. Americanos, diría yo. Esos chinos debieron ser

contratados como simples pistoleros.

—Sí. Y su objetivo era mi persona —rió huecamente Gunther con ironía—. Esperemos llegar a tiempo y evitar que el viejo amigo de mi familia corra peligro... Mi presencia en los Estados Unidos es evidente que ha puesto nerviosa a esa gente...

El coche siguió rodando velozmente, siempre bordeando el curso del Hudson, por la carretera interestatal 87. La joven de cabellos rubios casi platinados, parecía nerviosa e inquieta. Frecuentemente, miraba de soslayo a su acompañante, mientras éste conducía con mano firme, sin parecer importarle demasiado el vendaje ensangrentado que presionaba sus costillas bajo la camisa también sucia de rojo oscuro.

—¿Cree que la policía americana nos ayudaría, caso de solicitarlo en estas circunstancias? —dudó ella, tras un silencio.

—Es posible. Pero no me fío de nadie. Hay demasiado en juego en este asunto, y no me sorprendería que incluso dentro de la policía pudiera haber gente pagada por esa organización para infiltrarse en los medios de seguridad nacional. Cuando encontremos a mí amigo, el profesor, haremos una llamada a la única persona que puede ayudarnos: un amigo mío, miembro de la CIA. Pero nada más.

—Creo que usted sabe mejor que nadie lo que debe hacerse —admitió la joven con un suspiro—. De no ser por su intervención, ignoro cuál hubiera sido mi final en manos de esa gente. Creo que mi vida en esos momentos, no valía absolutamente nada.

Gunther no comentó nada, limitándose a mantener la mirada fija en la ruta, sin reducir la velocidad del vehículo, como si supiera que de esa velocidad podían depender muchas cosas y, por encima de ellas, posiblemente una vida humana.

—Allí es —dijo con cierta nota de excitación la voz de la hija del doctor Wartz, en un momento del viaje, señalando hacia una curva del Hudson, a su derecha.

El alemán afirmó con la cabeza, buscando el desvío de la interestatal para dirigirse al borde del río. Su mano apretó con significativa energía la culata de su arma. Era muy posible que tuviera que utilizarla en breve.

Por la salida lateral de la ruta alcanzó un prado que discurría paralelo al curso del agua. En aquella zona no había demasiadas

edificaciones, y las que pudo vislumbrar, se hallaban alejadas entre sí, allá en la distancia. Sobre las aguas del río, mecíase perezosamente una barcaza de casco oxidado, vieja y en desuso al parecer. No daba la impresión de haber nadie a bordo, pero no debían fiarse de apariencias. Gunther detuvo el coche entre unos helechos, y cambió una dura mirada con la joven.

—¿Prefiere quedarse aquí mientras yo investigo en la barcaza? —preguntó.

—Ni pensarlo —rechazó ella—. No quiero quedarme sola ni un momento, Kohl. Me sentiré más segura a su lado, si no tiene inconveniente...

—No, claro que no —sonrió él con simpatía. Le tendió una llave inglesa de regular tamaño—. Tome, es todo lo que llevo que puede servirle como arma, en caso de apuro. La verdad es que no es demasiado...

—Puede ser suficiente —aseguró ella, empuñándola con fuerza—. Le aseguro que pienso vender cara mi libertad esta vez. Prefiero morir a verme cautiva de nuevo.

—Vamos —sugirió Gunther con brevedad—. Tal vez aún sea tiempo de hacer algo por el profesor Kramer y por su padre, señorita Wartz.

Se dirigieron a la barcaza, tras escudriñar atentamente los alrededores. No vieron señal alguna de ser viviente en las cercanías. Saltaron a la cubierta de la barcaza. El agente alemán llevaba en su diestra el arma provista de silenciador, presta a ser disparada a la menor señal de alerta.

Inicialmente, no fue preciso apretar el gatillo para nada. A bordo no parecía haber tampoco ser viviente alguno. Herta Wartz le señaló con un gesto la existencia de una escotilla en la cubierta. Gunther asintió, dirigiéndose ambos a ese punto. El joven agente germano abrió sin dificultades la trampa, asomando el arma antes que el rostro. No sucedió nada. Arrodillándose a su lado, ella explicó en voz baja:

—Es el acceso a la bodega de la barcaza. Y de allí se pasa por un conducto al viejo sumergible...

Asintió él de nuevo, sin comentar nada. Observó la existencia de unos tramos de hierro incrustados en el muro, y descendió por ellos, seguido por la joven. La noche no era muy oscura, a causa del cielo

despejado y las numerosas estrellas que brillaban en el firmamento. A su resplandor, le fue dado ver el interior de la bodega aun antes de extraer de un bolsillo una pequeña lámpara eléctrica, cuyo delgado rayo de luz recorrió toda la amplitud sórdida y herrumbrosa de la bodega, sin revelar detalle alguno alarmante.

—Esto parece abandonado —comentó—. Tal vez se marcharon ya, llevándose al profesor Kramer, ¿no cree?

—Es posible. Cuando estuve aquí, había dos hombres ocupando esta barcaza. Mire, al fondo está el paso al sumergible. Es aquella otra escotilla en el suelo.

Gunther se aproximó a esa nueva abertura, apagando previamente su linterna. Abrió la trampa, observando la total oscuridad de su interior. Esperó, en silencio, tratando de escuchar algo. Ni un sonido llegó a sus oídos.

Encendió entonces la luz, proyectándola al fondo. Descubrió que una especie de ancho tubo metálico, con peldaños metálicos, descendía a alguna parte. El olor a humedad y a metal mohoso era allí muy intenso.

—Vamos —invitó secamente Gunther—. Hay que salir de dudas de una vez por todas.

Inició el descenso. Le siguió prestamente la joven. El recorrido fue breve. Pronto pisaron fondo. Las paredes metálicas de un viejo sumergible, posiblemente adquirido como chatarra a la Navy, fueron visibles a la luz de la lámpara. Había moho y suciedad por doquier.

—Allá —señaló ella en un hilo de voz—. Detrás de aquella puerta estuve encerrada con el profesor Kramer... Parece que los pájaros han volado ya del nido.

Kohl afirmó, moviéndose en esa dirección. Abrió la puerta del sumergible, que chirrió agriamente al ceder. Allí había luz. Una mortecina bombilla, en el techo, daba su claridad a lo que alguna vez fuera un cuarto de torpedos. Gunther lanzó una imprecación y se precipitó, con el rostro ensombrecido y el dedo curvado sobre el gatillo de su pistola, hacia donde yacía un bulto. Se inclinó.

—Creo que hemos llegado demasiado tarde —manifestó sordamente, un momento después, mirando ceñudo a su compañera de expedición—. Está muerto. Le pegaron un tiro en la nuca... Y es el profesor Johan Kramer, mi viejo amigo...

Ella tragó saliva, muy pálida, contemplando el cadáver del hombre canoso y fornicio, a pies de Gunther Kohl. En ese momento, en alguna parte, se oyó el ronroneo de un motor, y algo batió el agua, en las cercanías del sumergible. Arriba, sobre sus cabezas, en un punto concreto, sonaron pisadas fuertes haciendo vibrar el viejo metal.

Asustada, la joven se aferró al brazo de Gunther, mirándole con angustia. Kohl se limitó a manifestar, con una expresión helada en sus azules pupilas:

—Parece que los asesinos regresan a su madriguera por alguna razón...

* * *

Fueron dos los hombres de negro suéter de cuello alto quienes entraron en la cámara del submarino, con expresión ceñuda y mirada torva. Uno esgrimía un subfusil automático. El otro, una Luger 9 mm.

—Juraría que cerré las escotillas al salir —refunfuñó con tono hosco el primero de ellos, escudriñándolo todo con el subfusil en ristre—. Pero no puedo estar seguro.

—Eso importa poco ya, Charles —habló el otro con indiferencia—. No creo que nadie, salvo algún vagabundo, pueda visitar esta barcaza. Ya ha dejado de sernos útil. El jefe ha podido vender finalmente el producto a ese Goldman, el israelita dueño de la multinacional electrónica. El tipo es un fanático que detesta a los árabes y quiere arrasarlos de una vez por todas. Creo que incluso el Gobierno de Israel evita cuidadosamente que el tal Goldman resida en su país, para evitar problemas más graves, dada su virulencia.

—Eso liará mucho las cosas en Oriente Medio, ¿no? —rió su compañero.

—Allá ellos, que se despedacen, si quieren. Lo importante es que cobraremos nuestra parte, y podremos irnos lejos de aquí por fin. No me gusta andar con esas cargas de un lado para otro. Son demasiado peligrosas. Ya sabes que si sufren una pérdida cualquiera, pueden volver chiflado a todo el que está alrededor de ellas. Y eso no me hace ninguna gracia.

—Deja ya de charlar —le reprochó su compañero—. Fíenos venido a recoger las dos últimas cargas y trasladarlas al helicóptero para largarnos definitivamente de aquí, ¿no es cierto? Pues adelante con ello.

—Sí, cuanto antes salgamos de aquí, tanto mejor. No me gusta ver a ese cadáver ahí...

—Eso fue decisión personal del jefe, a fin de cuentas —gruñó el otro—. Ayúdame.

Pasaron junto al cuerpo sin vida del profesor Kramer y abrieron las puertas de dos de las recámaras de torpedos del viejo sumergible, extrayendo entre ambos dos cápsulas ovaladas, como dos grandes huevos metálicos de color bronceado, que cuidadosamente depositaron en el suelo. Cada una de las cápsulas no sería inferior en tamaño a una bombona de oxígeno, aunque parecían ser más ligeras y manejables.

—Ya está —resopló uno de ellos, mirando con aprensión a las cápsulas ovals—. Pensar que cuando esto se libera puede volver locos a centenares de seres humanos...

—Prefiero morir destrozado por una bomba que sufrir los efectos de ese arma —admitió su compinche gravemente—. Bien, en marcha. Wang y Fenwick estarán impacientándose a bordo del helicóptero... y el jefe mucho más.

Cargó cada uno con una de las cápsulas, con evidentes precauciones y aprensivo gesto, iniciando la salida definitiva del submarino. Pero al llegar a la bodega de la barcaza, hicieron un alto, depositando su carga en el suelo, para cubrirse con los pasamontañas que ahora llevaban como gorro en su cabeza.

—Recuerda —dijo el que iniciaba la operación—. Siempre hay que mantener las caras tapadas. Es orden del jefe.

Se inclinaron para recoger las cápsulas nuevamente. A sus espaldas, silenciosamente, emergieron por la escotilla de comunicación con el submarino dos sombras furtivas. Una pesada llave inglesa y la culata de una pistola, cayeron con brutal contundencia sobre sus nuca. Ambos hombres rodaron por el suelo pesadamente, sin exhalar ni un gemido.

—Buen golpe —dijo sordamente Gunther, mirando a la joven hija del doctor Wartz—. Ahora, rápidamente, tenemos que desnudarles y ponernos sus ropas y pasamontañas. Uno es bastante

más bajo que el otro, de modo que podremos engañarles, al menos inicialmente. Ya ha oído, señorita Wartz: a bordo de ese helicóptero que espera fuera, tenemos nada menos que al jefe de la organización. Y en nuestras manos, el arma de la locura... Nunca se nos presentará mejor ocasión, estoy seguro...

Rápidamente, desnudaron a los inconscientes individuos, les ataron y amordazaron con jirones de sus propias ropas, y se vistieron con sus pantalones oscuros, sus botas y jerseys de cuello alto, cubriéndose con los pasamontañas. Gunther ocultó su arma, tomando el subfusil, mientras la Luger era empuñada por Herta. Ambos cargaron con las cápsulas ovales. Y emprendieron la marcha hacia la salida...

CAPÍTULO IX

EL JEFE SUPREMO

—¡Ya era hora, infiernos! —bramó una voz, desde el helicóptero posado suavemente en las aguas del Hudson, junto a la barcaza—. Creímos que os quedabais ahí a fumar un cigarrillo con toda calma... El jefe está que muerde por vuestra culpa.

—Diablo, cállate —cortó sordamente Gunther, imitando el tono ronco de voz del que suplantaba, mientras se dirigía con toda calma hacia el helicóptero, seguido por su joven compañera accidental—. No podemos ir más rápidos.

—¿No? —bromeó otra voz, bajo un pasamontañas que permitía descubrir los almendrados ojos de Wang, el pistolero chino—. Pues decídselo al jefe y veréis lo que contesta... Vamos, arriba de una maldita vez. Nuestro cliente está deseando recibir la mercancía adquirida.

Subieron a la amplia cabina delantera del helicóptero. De soslayo, Gunther observó en la cabina posterior, junto a otras cinco cápsulas ovales, la presencia de una persona vestida totalmente de oscuro, con un pasamontañas cubriendo igualmente su rostro y cabeza. Las manos enguantadas del individuo se agitaron, impacientes, en enérgico ademán imperativo.

El helicóptero comenzó a girar sus hélices, levantando un torbellino de agua pulverizada bajo sus flotadores. Gunther y Herta se acomodaron en los asientos posteriores de la cabina delantera, tras depositar las cápsulas en el suelo.

El helicóptero tomó altura. Gunther examinó la situación. Un panel de material plástico cristalino separaba una cabina de la otra.

Tenía al «jefe» a sus espaldas. Delante de ellos, dándoles la espalda confiadamente, estaban Wang y el tal Fenwick.

Gunther no podía hablar, porque la lana del pasamontañas le obligaría a levantar demasiado la voz para dar instrucciones precisas a Herta. Sin embargo, pensó que ella le entendería por señas.

Le hizo un gesto con las manos, señalando al timón y mandos del helicóptero. Ella asintió rápida. Le había comprendido. Ahora sabía que él conocía el manejo de la nave. Un segundo gesto, la indicó las espaldas de los dos individuos del asiento delantero, y luego hacia atrás, una ojeada expresiva hacia el enmascarado jefe de la organización.

Ella también entendió. Sus ojos brillaron, astutos, y pestañeó dos veces, en señal de asentimiento. Gunther mantuvo el aliento. Alzó de súbito el subfusil sin contemplaciones, al tiempo que Herta Wartz lo hacía con su Luger.

Por segunda vez en poco tiempo, martillaron despiadadamente la nuca de dos enemigos confiados. Wang y Fenwick se desplomaron en sus asientos de modo fulminante. A espaldas de ambos jóvenes, sonó una imprecación violenta, y la figura del jefe se movió rápida.

Sin duda, Herta había entendido todo muy bien. Porque se volvió con celeridad, y su Luger encañonó al enmascarado, que se detuvo en seco, bajo la amenaza del arma, sin haber tenido tiempo de extraer un arma de sus propias ropas.

—¡Un movimiento más y le mato! —avisó ella con energía.

Gunther, entretanto, saltaba al asiento del piloto, dejando caer a Fenwick al suelo y tomando con rapidez los mandos. La nave empezaba a capotar, pero se elevó sin problemas, bien controlada por el alemán.

Sonrió, sujetando los mandos con una mano, y empuñando el subfusil en la otra, giró a medias hacia el jefe, mientras el helicóptero avanzaba rápido hacia el sur, ahora en dirección a Nueva York.

—Asunto terminado —dijo duramente Gunther—. Le hemos cazado, amigo. A usted y a toda su banda. El juego de las cápsulas de la locura se ha concluido. Ese israelita fanático nunca tendrá el arma en sus manos para provocar la guerra en Oriente Medio y, tal

vez, en el mundo entero.

Herta rió, despojándose de su pasamontañas y quitando a Gunther el suyo. El jefe lanzó una exclamación y pareció que sintiera alivio. Su voz sonó alta, serena:

—Vaya, menos mal —resopló—. Ha sido una feliz circunstancia que coincidamos todos en la solución de este caso, Gunther. Yo no soy el jefe, naturalmente. Lo he suplantado, como tú hiciste con uno de esos tipos y tu compañera con él otro... ¿Es que no lo entiendes? Soy yo, Gunther, amigo mío...

Y se arrancó su propio pasamontañas. Debajo de la máscara de lana, apareció el rostro risueño de Lawrence Merrill, de la CIA norteamericana.

—¡Merrill! —exclamó Gunther, sorprendido—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Supongo que igual que tú —sonrió el agente del Gobierno norteamericano—. Hemos vencido a esa pandilla. El tipo que adquirió estas cargas de sustancia enloquecedora, no va a poderlas utilizar nunca...

Los ojos azules y fríos de Gunther se mantenían fijos en Merrill. Una expresión de incertidumbre asomaba a su rostro.

—Tuviste que darte mucha prisa —comentó secamente—. Cuando te llamé a las cinco, sólo sabías que esa chica inglesa, Debbie Ingram, era miembro de la organización criminal que robó la fórmula Wartz... ¿Dónde está el verdadero jefe, Merrill?

—Lo tengo a buen recaudo. Gracias a eso suplanté su personalidad. Pronto te lo mostraré, Gunther, en cuanto estemos de regreso en Nueva York...

—¿Y al hombre de allá abajo, del submarino? ¿Quién lo mató?

—¿A Kramer? Fue uno de ellos, creo que el chino —manifestó Merrill con gesto grave, señalando al inconsciente Wang—. No pude evitarlo, desgraciadamente...

—Miente usted, Merrill —sonó una helada voz a bordo del helicóptero—. *Usted es el jefe* de la organización criminal, no ningún otro.

Sorprendidos, todos giraron la cabeza, hacia el fondo del helicóptero. De detrás de los salvavidas neumáticos de a bordo y las cápsulas ovaladas de metal bronceado, emergía una figura ágil, elástica, de rojos cabellos y verdes ojos. Una pistola automática

apuntaba directamente a la cabeza de Lawrence Merrill.

* * *

—¡Debbie! —gritó Gunther—. ¡Debbie Ingram! ¿De dónde diablos sale usted?

—Es una de ellos, Gunther —avisó roncamente Merrill, palideciendo al ver a la inglesa—. Dispara, antes de que nos mate a todos, ¿a qué esperas, amigo mío?

—¿Va a disparar sobre mí? —preguntó ella—. Soy su amiga, Gunther.

—No le hagas caso, Gunther —jadeó Merrill con tono angustiado—. ¿Vas a fiarte de una mujer que te llevó a una trampa mortal en Cortina, aunque resultase ella herida por puro accidente? ¿Es que no sabes que te advertí acerca de ella por teléfono? ¡No le permitas disparar! ¡Es una asesina fría e implacable, Gunther!

—Él está mintiendo. Soy Deborah Ingram, agente especial del MI 5 británico —dijo con frialdad la joven escritora—. Lo mismo que todos, estaba tras la pista de los amos del viento enloquecedor...

—¡No puedes creerla! —rugió Merrill—. Si permites que controle la situación nos matará a todos...

—No, Merrill —negó lentamente Gunther Kohl con expresión helada—. Ella dice la verdad. Tú eres quién miente. Lo sabía desde que sufrí aquel ataque criminal en el teléfono de Chinatown. Sólo tú sabías que yo estaría allí a esa hora. Sólo tú pudiste organizar la emboscada contra mi persona. Y sólo tú estabas enterado de que yo me hallaba en Cortina, y que de alguna forma me relacionaba con el caso, al ser amigo personal del profesor Kramer... a quien *tú* asesinaste hoy, Merrill. Cuando le nombré, no dije quién era la víctima. Pero tú sabías bien su identidad. E ignoras que quienes suplantamos nosotros, hablaron de ese crimen, relatando que tú, el jefe, lo había cometido.

—La —pista de una tal señora Keaton me condujo directamente a Merrill— dijo Debbie Ingram lentamente. —Ella es su amante. Y también su cómplice principal.

—La señora Keaton... Ciertamente. La había olvidado por completo, Debbie.

—Sin embargo, ella era turista en Jerusalén cuando Abdullah

Hakim se volvió loco y murió, tras matar a varios israelíes. Ella también era turista en Moscú cuando mataron a Frankie Stowell en un acceso de locura agresiva de éste. Y he logrado comprobar que estaba en West Virginia cuando el coronel Shark y el capitán Brandon cometieron aquella demencial acción contra la torre de control de la base militar.

—Vaya, Merrill... —suspiró Gunther, al ver la lividez de su amigo—. De modo que era la señora Keaton, tu bella amiga, quien estuvo en todos esos sitios, y no Debbie Ingram. Tú, un agente del Gobierno, un viejo amigo, un hombre de toda confianza... el jefe de la organización criminal más peligrosa de estos últimos tiempos... Es extraño, Merrill, que uno a veces conozca tan poco a las personas y no sepa absolutamente nada de un viejo amigo...

—El profesor Kramer y el doctor Wartz cometieron el error de confiar en él —informó con cansancio Debbie Ingram—. Le resultó fácil engañarles y hacerse dueño de todo. Nadie sospecha nunca de un hombre con un alto cargo en la CIA, sin pensar que debajo de cada cargo y de cada historial se oculta a veces un hombre con las mismas debilidades y ambiciones que otro cualquiera... Lamento haber roto esa vieja amistad, Gunther.

—No es usted quien la rompe, Debbie, sino él mismo —suspiró Kohl.

—¿Y mi padre, el doctor Wartz? —preguntó angustiada Herta—. ¿Vive o ha sido asesinado también?

—Responda a esa pregunta, Merrill —silabeó Debbie, poniendo el cañón de su arma en el mentón del prisionero.

—Vive —jadeó sordamente el hombre de la CIA—. Drogado pero sano y salvo... Le necesitaba para repetir la fórmula, una vez vendidas estas cargas a Goldman.

—Ya. Y de ese modo, venderla a otros postores, ¿no? —Gunther le miró fríamente—. ¿Quién era el nuevo cliente esta vez?

—El Kremlin —informó secamente Merrill.

—Debí imaginarlo. Cada vez más arriba... hasta poner en peligro al mundo, ¿eh, Merrill? Dios mío, qué locura... Vamos a Nueva York, Debbie. Entregaremos a Merrill a los federales. Y buscaremos al doctor Wartz. Yo tengo que enviar un informe urgente a Moscú. Una persona allí se sentirá muy satisfecha con lo que tengo que notificarle...

—Sí, supongo que sí —sonrió Debbie Ingram—. Incluso es posible que viaje de nuevo a la URSS para reanudar su relación personal con cierta dama, ¿no, Gunther?

—No, no —negó Kohl, sonriente—. Se equivoca de chica. Me gustaría más reanudar otra amistad interrumpida en Cortina, con una jovencita que esquía casi tan bien como yo. Pero como ha resultado ser algo más que una escritora de libros, también puede ocurrir que no le sea posible ser cortejada, porque tiene marido y varios hijos...

—Se equivoca. Debbie Ingram, escritora y agente secreto del Gobierno de Su Majestad, es libre, soltera y sin compromiso —rió la joven pelirroja—. De modo que la vieja amistad puede reanudarse sin problemas...

—Ésa es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo —suspiró Gunther Kohl—. Valdrá la pena que la celebremos juntos, en cuanto Merrill y estas cápsulas endiabladas estén donde corresponde, ¿no le parece, Debbie?

—Por mi parte no existe el menor inconveniente —admitió ella, risueña.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Intourist es la organización turística soviética, dependiente del Estado —como casi todo en la Unión Soviética—, que se ocupa de facilitar alojamiento, visitas, estancia y atenciones en el país a los extranjeros que viajan a Rusia. (N. del A). < <

[2] «La Empresa» es el nombre que se da en argot a la CIA en los medios oficiales de los Estados Unidos. (N. del A.). < <

[3] La Hofhruhaus es la más famosa cervecería de Munich, lugar de visita de turistas, donde se sirve una cerveza de inmejorable calidad en grandes jarras grises de barro, de un litro de capacidad como mínimo, con las iniciales H. B. impresas en ellas. (N. del A.). < <